

*Salvador López Arnal*

## En respuesta a Pedro Carlos González Cuevas

Junio de 2019.

**(Desde la izquierda “chiflada” a la derecha descortés, insultona y un pelín desinformada).**

### I

Para situarnos un poco, para información de lectores y lectoras: Pedro Carlos González Cuevas, profesor titular de Historia de las Ideas Políticas y de Historia del Pensamiento Español en la UNED, publicó en *Okdiario* un artículo titulado: “Manuel Fraga, padre de la Constitución” [1] Cerraba su texto con la siguiente consideración sobre el que fuera ex ministro del dictador golpista en tiempos de Julián Grimau y Enrique Ruano (nombres que González Cuevas, ciertamente, no pasa por alto, como tampoco olvida Vitoria y Montejurra):

Sin su figura, liberal y autoritaria a un tiempo, esa integración, si no imposible, sí hubiera sido más tardía y problemática. Fraga forma parte ineludible no sólo de la historia del conservadurismo español, sino de la génesis del régimen político de 1978. La progresiva demonización de su figura es fruto de la crisis que experimenta el sistema político actual. Todo lo contrario si hablamos de las izquierdas, que divinizan –e incluso inventan– a sus ancestros, aunque sus trayectorias hayan sido todo menos ejemplares. *El legado de Fraga ha sido, y puede seguir siendo, fecundo, si se sabe reivindicarlo con la suficiente perspectiva histórica. Pero a esta conclusión no debe llegarse con la embobada beatérica tan al uso, sino la ayuda de ese soberano principio vital de la inteligencia que es el espíritu crítico.* [la cursiva es mía]

Escribí un breve comentario sobre el artículo del profesor de la UNED [2] sin decir ni una sola palabra sobre la aproximación del autor al que fuera presidente del Partido Popular, sobre su supuesta figura “liberal y autoritaria a un tiempo”, y sin comentar críticamente (como el propio autor apunta y aconseja) qué puede significar hoy la reivindicación, con perspectiva histórica, de la fecundidad del legado político-cultural del que fuera también embajador franquista en Londres. Me limité a comentar las primeras palabras de González Cuevas, las que acompañan a un texto de 1965 del autor del “Vals de aniversario”. Son estas:

Así se expresaba, a la altura de 1965, Jaime Gil de Biedma, todo lo contrario de un franquista; gran poeta y hombre de izquierda que hubo de padecer la homofobia dominante en el PCE, encarnada por entonces en la figura del filósofo marxista Manuel Sacristán.

Mis observaciones sobre esta afirmación-acusación contra el traductor de Platón, Heine y Quine pueden resumirse así: 1. La homofobia dominante en el PCE a la que se alude tenía ya, en aquellos años donde estaba muy extendida en nuestro país y en muchos otros países de forma generalizada, muchas voces críticas en el interior del partido. No era, digámoslo así, “tan dominante”. 2. Es falso que esa homofobia estuviera encarnada por el filósofo Manuel Sacristán (1925-1985). Nunca encarnó el traductor de *El Capital* nada de eso ni nada que fuera similar. 3. Las razones del PSUC para no admitir la militancia de Gil de Biedma (que no implicó ruptura de cualquier tipo de vinculación) han sido explicadas con

claridad y de primera mano, entre otros autores, por Luis Goytisolo y Gregorio Morán (también por Xavier Folch, por ejemplo, añadido ahora). 4. Razones de clandestinidad y seguridad, experiencias de caídas recientes y de informaciones inculpatórias obtenidas bajo tortura, y el tipo de vida que entonces llevaba el directivo de Tabacos de Filipinas estuvieron en el fondo de la decisión del partido de los comunistas catalanes. 5. Una decisión que en absoluto fue obstáculo para la buena sintonía que el autor de “Pandémica y celeste” mantuvo con el PSUC, antes y después de lo sucedido. También con el PCI, el Partido Comunista italiano. 6. En cualquier caso, el estudioso de Labriola, Croce y Gramsci no encarnó ninguna ortodoxia homofóbica (tenía amigos homosexuales ya en aquellos años, los siguió teniendo a lo largo de su vida, y las ortodoxias, por lo demás, no solían ser lo suyo) y no fue él, en contra de lo que se ha afirmado cien o diez mil veces, el responsable de la decisión que se tomó ni tampoco la persona que se la comunicó al poeta segoviano, cuya obra, por cierto, siempre apreció el traductor de Brecht y Brossa [3]. También su amigo y compañero Francisco Fernández Buey [4].

Pedro Carlos González Cuevas ha respondido a mi nota, también en *Okdiario*, y habla en su nuevo escrito -de título muy poco afable y algo o bastante descortés: “El festival de simplezas de nuestra ‘Izquierda Chiflada’” [5]- del tema comentado pero, sobre todo, de muchos otros asuntos y autores. Le cito y comento.

Antes debo admitir que, por mi parte, hubiera podido (y debido) evitar una conjetura en mi nota anterior (González Cuevas hace bien criticándome en este punto). La siguiente: “el autor habla de oídas y se hace eco de afirmaciones indocumentadas como las de una sobrina del poeta, Esperanza Aguirre y Gil de Biedma”. El profesor de la UNED podría no hablar de oídas y sus fuentes (que no citaba en su primer artículo) podrían ser otras, no los comentarios (estos sí, con escasa documentación) de doña Esperanza Aguirre y Gil de Biedma. Habla de esas fuentes (en singular: fuente) en su segundo artículo; lo comento posteriormente.

Entremos pues en materia, en el análisis de su texto. Abre con estas palabras:

En una intempestiva contestación a mi artículo sobre [la figura de Manuel Fraga](#), publicada en la revista *Rebelión*, el señor Salvador López Arnal se permite no sólo despreciar olímpicamente su contenido, sino descalificar sumariamente a OKDIARIO.

No sé si mi respuesta es intempestiva, pero, como es evidente, yo no despreciaba olímpicamente el contenido del artículo del profesor González Cuevas. Simplemente no entraba en él. Me limité, como he indicado, a comentar la frase aludida de su texto. Una frase, solo una frase. Y ciertamente, lo admito, *Okdiario* no es una publicación que suela leer con frecuencia. Escucho a su director algunos sábados por la noche y con eso ya me hago idea de la línea editorial del diario que dirige, una perspectiva alejada, muy alejada, de mis posiciones político-culturales.

González Cuevas sigue del siguiente modo, un modo bastante o muy enérgico:

Conozco la producción intelectual del señor López Arnal, discípulo del filósofo comunista Manuel Sacristán, y arquetípico representante de nuestra “looney left”; “izquierda chiflada”, como dicen los conservadores británicos. Su airada y torpe respuesta sólo puede ser interpretada en un contexto sociocultural como el español. En una semblanza de Voltaire, Ronald Barthes caracterizó al autor de *Cándido* como “el último escritor feliz”, ya que disfrutó del privilegio de no tener críticos de su altura o que se atrevieran a poner en duda sus planteamientos. En ese sentido, la izquierda española puede considerarse, hasta ahora, como una izquierda “feliz”, ya que nuestra sedicente derecha intelectual, si es que existe, abandonó hace bastante tiempo el

debate cultural. Por eso, los representantes de la izquierda intelectual, más o menos chiflada, puede decir las mayores insensateces sin suscitar la menor réplica.

No acabo de ver que mi respuesta fuera torpe y airada ni me parece muy educado (así, de entrada) presentarme como representante arquetípico de la “izquierda chiflada española”, sin justificar en ningún momento la supuesta chifladura de esa izquierda alocada. Que me considere discípulo de Manuel Sacristán (quien, efectivamente, fue un filósofo comunista democrático antiestalinista) es un honor para mí pero no es exactamente el caso. Soy, más bien, un lector y estudioso de su obra y un ex alumno suyo. Lo apuntado sobre la derecha intelectual española y su abandono del debate cultural es aportación y consideración de mi crítico. Tal vez sea así, no estoy muy puesto en esos temas. Mi impresión es que no... pero doctores tiene esa Iglesia y yo no soy uno de ellos.

Sus palabras finales del paso anterior -”los representantes de la izquierda intelectual, más o menos chiflada, puede decir las mayores insensateces...”- están en la misma línea: insulta, una, dos y tres veces, que algo queda. Por lo demás, su misma réplica parece falsar su afirmación general, la de que la derecha permanece muda ante las “insensateces” de la izquierda “chiflada”. Yo, según su taxonomía insultona, soy parte de esa izquierda y él intenta refutarme.

El párrafo siguiente no tiene desperdicio y acaso ser una clara manifestación de la concepción del mundo de nuestro profesor de Historia de las Ideas Políticas. El PCE, Almudena Grandes y Antonio Maestre (también Gaspar Llamazares) son los “criticados-golpeados”. Las referencias al odioso asesinato de Nin (Andreu, no Andrés), a los trágicos sucesos de Paracuellos o al inexistente genocidio eclesiástico (sin que con ello quiera disculpar nada que no deba ser disculpado) son constantes de la ideología de la derecha española, vengan o no vengan a cuento (aquí no vienen), y sin que de paso, puestos en materia, suelen mirar y comentar críticamente su propio ombligo que, sin ánimo de exagerar y sin olvidar contraejemplos, acostumbra a estar entre negro y muy-muy negro en las temáticas indicadas. La vindicación de Sánchez Dragó es altamente significativa y el uso del término “pornográfico” no es preciso. El párrafo del que les hablo:

Así, la novelista Almudena Grandes, en una conversación con el comunista Gaspar Llamazares, afirma: “Aquí el PCE no fue un partido que tuviera nada que ver con las purgas de Stalin, ni con el socialismo real. Fue un partido de oposición, el partido que mantuvo encendida la luz de la democracia durante treinta y siete años de dictadura, y es esa es la verdad. Hay una tradición de unidad, disciplina, generosidad, deseos de ser útiles y responsabilidad que merece la pena reivindicar”. ¿Habían leído ustedes en alguna ocasión embustes de tal envergadura? Por poner algunos ejemplos palmarios, ¿no tuvo nada que ver el PCE, durante la guerra civil, con el asesinato de Andrés Nin? ¿Tampoco tuvo nada que ver en el desarrollo de las masacres de Paracuellos del Jarama? ¿Y en el genocidio eclesiástico? A ese respecto, me resulta difícil discernir qué resulta más pornográfico en la obra de la señora Grandes: si su libro *Las edades de Lulú*, sus novelas pseudo-históricas o sus opiniones políticas. Esa misma izquierda “feliz” no duda en exhibir a un indocumentado de cuarta regional como Antonio Maestre, presentándolo nada menos que como un historiador, cuando se arrugó ante Fernando Sánchez Dragó.

En el siguiente punto, González Cuevas cambia de protagonistas, no de forma y estilo:

Y esto es lo que le ocurre al señor López Arnal, que se siente poco menos que impune a la hora de pontificar y condenar. Como historiador del pensamiento español, me ha interesado la figura de su maestro Manuel Sacristán Luzón. He leído el conjunto de su obra, cuyo contenido me decepcionó. Su figura me recuerda a Naphta, el siniestro personaje de *La Montaña mágica*, de Thomas Mann, al parecer inspirado en la persona del filósofo marxista Georg Lukács, tan del

gusto de Sacristán y de López Arnal. Y es que, en gran medida, sus contemporáneos coinciden con esa interpretación. Alberto Oliart lo describe, en sus memorias, como hombre de “camisa azul y marcial correa”; Carlos Barral como un dogmático; y Eugenio Trías como un profesor universitario proselitista y manipulador, un auténtico “vampiro de almas”.

Yo no me siento impune y mucho menos pontificio y condeno. Muy lejos de mí ese cáliz. Intento no practicar nunca ni una ni otra cosa. Disculpas si he caído en esa trama estúpida. Me alegra que señor González Cuevas haya leído el conjunto de la obra del autor de *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*. Afirma que su contenido le decepcionó y que su figura le recuerda la de Naphta. Está en su derecho, incluso en considerar siniestro al personaje thomasiano. Contra gustos, justificados o no, mejor no discutir. Conviene eso sí, recordar que Manuel Sacristán, que tradujo numerosas obras del filósofo húngaro (unas 5 mil páginas en total) y se carteo con él por motivos editoriales [6], no fue propiamente un filósofo lukácsiano. Aparte de sus propias declaraciones, pueden verse por ejemplo, para observar sus distancias filosóficas, su reseña de *El asalto a la razón*: “Sobre el uso de las nociones de razón e irracionalismo por G. Lukács” [7], un escrito de 1967 publicado por primera vez en 1977, y la que fue la penúltima de sus conferencias (abril de 1985): “Sobre Lukács” [8].

En cuanto a mí, he leído tan poco a Lukács y lo que he leído con atención (*Historia y conciencia de clase*) me ha resultado tan complejo, enrevesado y barroco en ocasiones (y tan alejado de mis gustos analíticos) que poco puedo decir. Considerarme lukácsiano sería, esta vez sí, una auténtica chifladura. Eso no quita que las *Conversaciones con Lukács* (de Holz, Kepler y Abendroth) de mediados de los sesenta, que aquí tradujo y publicó Alianza, me siga pareciendo un texto extraordinario (fechado en el tiempo, desde luego, como todos los clásicos), lleno de excelentes ideas incluso para nuestro hoy, interesante no sólo para ciudadanos, lectores, filósofos y estudiosos de izquierdas sino para personas vinculadas al humanismo social y a valores e ideales como la justicia, la igualdad, la libertad real, la fraternidad y la crítica de la manipulación y el consumismo compulsivo.

Las referencias del González Cuevas a Alberto Oliart, Barral y Trías deben matizarse y completarse. Oliart habla del joven Sacristán, cuando era miembro de las juventudes de la Falange, una organización de la que se separó con riesgos para su vida [9]; Barral dijo muchas otras cosas (en sentido contrario) sobre el traductor de Adorno, Marcuse y Benjamin, y Trías, que tampoco siempre dijo lo mismo, tiene una mirada muy sesgada sobre la faceta de Sacristán como profesor universitario, faceta, por cierto, que no siempre pudo ejercer: fue expulsado en 1965 por motivos políticos de la Facultad de Económicas, donde había sido trasladado forzosamente desde Filosofía y Letras en 1959, y no pudo volver a la universidad hasta el curso 1976-77, un año después de la muerte del dictador golpista. Muchos testimonios de ex alumnos, que no fueron discípulos suyos, navegan por aguas muy alejadas de las de Eugenio Trías. Para cualquiera persona que haya sido alumno de Sacristán, hablar de él en términos de “un profesor universitario proselitista y manipulador, un auténtico “vampiro de almas””, le resultará un auténtico disparate, un verdadero non sense. Ni manipulador ni proselitista ni vampiro anímico; muy lejos de ello y desde siempre, desde su vuelta en 1956 del Instituto de Lógica y Fundamentos de la Ciencia de la Universidad de Münster en Westfalia [10].

Para otras aproximaciones, más detalladas e informadas, a su biografía pueden verse los libros, artículos o testimonios de Pilar Fibla, Esteban Pinilla de las Heras, Juan Carlos García Borrón, Josep Fontana, Javier Muguerza, M. Rosa Borràs, Jesús Mosterín, José Luis

López Arangueren, Miguel Sánchez Mazas, Josep Ferrater Mora, Francesc Vicens y Víctor Sánchez de Zavala (más los ensayos del profesor Laureano Bonet y Jordi Gracia o la biografía política de Juan-Ramón Capella). Me olvido de muchos nombres [11]. La tesis doctoral de 2014 de M.<sup>a</sup> Francisca Fernández Cáceres, dirigida por José Luis Moreno Pestaña, también es de cita obligada en este punto: “El Patrimonio Intelectual español. Un acercamiento desde la figura de Manuel Sacristán Luzón” [12].

Nuestro profesor de historia de las Ideas políticas prosigue. Lo hace en estos términos:

Competente en lógica formal, Sacristán fue incapaz de elaborar una concepción racional del mundo a través del marxismo. De hecho, su obra se reduce a panfletos y materiales, textos de ocasión y en general polémicos. Fue derrotado por Gustavo Bueno en su polémica sobre el papel de la filosofía en los estudios superiores. Falangista en su juventud, quizá su mejor obra sea una semblanza intelectual de José Antonio Primo de Rivera para un diccionario.

Sacristán fue algo más que competente en lógica formal. Entre otros autores, conviene ver lo señalado, entre otros, por Jesús Mosterín, Paula Olmos, Albert Domingo Curto, Antoni Domènech, Javier Muguerza, Luis Vega Reñón [13] y José Sarrión [14]. El autor de *Introducción a la lógica y al análisis formal* fue, durante años, un verdadero maestro (casi en minoría de tres o de cuatro) en los ámbitos de la lógica y la epistemología. Su papel en la consolidación de este tipo de estudios científicos-filosóficos en nuestro país fue decisivo. Luis Vega Reñón y Paula Olmos han hablado sobre ello en extenso.

Su obra, como es sabido (y como debería saber alguien que afirma haberla leída), no se reduce a panfletos y materiales, el título irónico (y modesto) que él mismo eligió (al tiempo que vindicaba ambos géneros de literatura política) para la publicación de una buena parte de sus escritos por la Editorial Icaria en cuatro libros a partir de 1983 (Juan Ramón Capella editó, en 1987, un quinto volumen tras su fallecimiento en agosto de 1985: *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*). Y no se reduce a esos panfletos y materiales, categorías cuyo sentido él mismo definió en el primer volumen, porque en vida, aparte de sus artículos editados en la prensa clandestina y en alguna revista académica y, sobre todo, en enciclopedias, publicó nada menos que dos de las obras centrales de la filosofía española de aquellos años: *Las ideas gnoseológicas de Heidegger* [15] e *Introducción a la lógica y al análisis formal* [16], aparte de *Lecturas I. Goethe, Heine*, y su decisiva e influyente, aquí y en muchos países latinoamericanos, *Antología de Gramsci* (Siglo XXI, 1970; reeditada por Ediciones Akal en 2013). Tras su fallecimiento se han publicado otras aportaciones suyas. Por ejemplo: *El orden y el tiempo*, *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea*, *Seis conferencias*, *Sobre dialéctica*, *Escrito sobre El Capital (y textos afines)*,...

La polémica con Gustavo Bueno no fue tal. Sacristán, que escribió por petición de unos amigos un opúsculo de apenas 40 páginas, nunca respondió al extenso libro del filósofo riojano. La referencia a la derrota se comenta por sí misma: no hay derrotas, hablando propiamente, en las discusiones filosóficas. Por lo demás, no parece que las posiciones metafísicas de Sacristán (que él mismo matizó posteriormente, apenas dos años y medio después, en una conferencia impartida en la universidad de Zaragoza) estén ubicadas en el archivo de lo superado, trasnochado y carente interés. Basta pensar en el seminario sobre “Filosofía y ciudad” que este mismo curso se está realizando en la Facultad de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid, bajo la dirección de José Luis Pardo y Carlos Fernández Liria [17].

Falangista en su juventud, como decíamos y como tantos otros, es cierto que Sacristán conocía el pensamiento de José Antonio Primo de Rivera, como González Cuevas conoce

el de Ramiro de Maetzu por ejemplo (lo que está mejor que bien por supuesto). Eso sí, la forma que usa el profesor de la UNED para referirse a ese artículo escrito para un diccionario político, el Argos-Vergara, dirigido y coordinado por E. Pinillas de las Heras, que no llegó a publicarse finalmente, parece un poco sesgada e incluso un pelín malintencionada. Como si el autor quisiera decirnos que dado que Sacristán había sido miembro de las Juventudes de la Falange y escribiera años después sobre Primo de Rivera, seguía siendo falangista en el fondo de su corazón, de su cerebro y de su praxis. Nada de eso. El lector/a lo puede comprobar por sí mismo y puede leer el escrito del buen conocedor de la obra de Ortega y Gasset y del pensamiento político del dirigente falangista [18]. Por su parte, Juan-Ramón Capella ha explicado con detalle los riesgos que para la vida de Sacristán comportó su ruptura con el partido fascista [19].

## II

Seguimos comentando el texto de González Cuevas. Prosigue hablando de Manuel Sacristán:

Políticamente, se sintió identificado con las figuras de la terrorista alemana Ulrike Meinhoff y con el indio Gerónimo. Rechazó el eurocomunismo como el último repliegue de un movimiento comunista en decadencia. Y sometió a una crítica inmisericorde el proceso de transición a la democracia liberal. Marxista y leninista, se mostró contrario al capitalismo y la democracia liberal, pero no fue capaz de elaborar una alternativa ni al uno y ni al otro. Eso sí, acaudilló una caterva de discípulos, cuyo miembro más carismático fue Francisco Fernández Buey, que, al final, se convirtió en un mero vulgarizador y apologista de Savonarola y del Che Guevara.

Muchas afirmaciones-acusaciones en apenas ocho líneas.

Sacristán no se sintió identificado con la trayectoria política de Ulrike Meinhof a quien conoció personalmente a mediados de los años cincuenta, durante su estancia en el Instituto de Lógica Matemática y Fundamentos de la Ciencia de Münster (Westfalia). Para comprobarlo conviene leer sus dos textos sobre la que fuera miembro de Fracción Ejército Rojo [20]. O estas palabras de su conversación de mediados de los setenta con Antoni Munné y Jordi Guiu [21]:

Estaba esta motivación [su germanofilia]. *Pero sobre todo la otra, la presente, la consciente, era una motivación crítica. Intentaba entender la locura política del grupo Baader-Meinhof.*

Remarco: intentaba entender la locura política de la organización, aproximándose al mismo tiempo a la trágica vida de la periodista de *Konkret*, asunto que, ciertamente, no vivió desde la lejanía ni desde la comodidad de una mesa de estudio.

En cuanto a Gerónimo, su presentación y notas a la biografía de S.M. Barrett, está probablemente entre lo mejor de su poliédrica (y en este caso, inesperada) obra [22]. Algunos reputados antropólogos, Oriol Romaní entre ellos, lo han manifestado explícitamente. Su identificación política con Gerónimo, si se quiere formular así, tiene como eje esencial la resistencia del líder indio rebelde, su lucha contra los colonizadores y la exterminación de su pueblo, sin perder de vista la pasión del estudiante de náhuatl por las culturas amerindias desde joven, además de su estudio (en la época de su determinante giro ecosocialista) de la agricultura en el ámbito amerindio. Por debajo de ello, la pregunta esencial de Bartolomé de Las Casas que él formuló en los siguientes términos:

la pregunta por la justicia, la cual no cambia porque el indio sea el trágico Cuauthémoc en su

melancólica elegancia o un apache de manos sucias y rebosando licor *tisuín* en las orejas [23]

Rechazó Sacristán ciertamente el eurocomunismo y lo hizo en una conferencia de julio de 1977, posteriormente un artículo (uno de sus escritos más influyentes en aquella época y en años posteriores). Una de sus reflexiones:

Lo científico es asegurarse de la *posibilidad* de un ideal, no el empeño irracional de demostrar su existencia futura. Y lo revolucionario es moverse en todo momento, incluso en situaciones de mera defensa de lo más elemental, del simple pan (como en la presente crisis económica), teniendo siempre consciencia de la meta y de su radical alteridad respecto de esta sociedad, en vez de meterse en una ilusión de transición gradual que conduce a la aceptación de esta sociedad [24]

Esa posición política, la por él defendida en aquellas circunstancias, tenía dos criterios: no engañarse y no desnaturalizarse. Y también no engañar a los otros, podríamos añadir, con cuentos de la lechera.

Sometió a crítica, en absoluto inmisericorde (el realismo y la prudencia fueron dos de sus características políticas más centrales), el proceso de transición política española, especialmente en lo relativo a algunos pactos y acuerdos de la izquierda de aquellos años. Por ejemplo, los denominados Pactos de la Moncloa, comentando y denunciando las inexactitudes, falsedades o exageraciones que se dijeron y publicitaron para justificarlos ante la ciudadanía trabajadora española. Nunca fue ese un camino que él transitara.

Fue marxista sin ismos y leninista no cegado (basta leer su conferencia sobre el filosofar de Lenin de 1970 que abre señalando críticamente las urgencias filosóficas del revolucionario ruso y su falta de matices, matiz es concepto solía decir [25]) y se mostró contrario al capitalismo como modo de producción y civilización (y también de destrucción [26]) y no, en cambio, a la democracia liberal (ni a los procesos democráticos reales) sino a la versión demediada y limitada que se iba imponiendo de ese sistema político, en España y en otros muchos lugares del mundo. Lo apunto así en los compases finales del artículo citado sobre el eurocomunismo:

En general, la posición política comunista que se ha apuntado tiene, sobre todo, campos que explorar. He aquí una breve relación de los principales: la acentuación de la destructividad de las fuerzas productivas en el capitalismo, señalada enérgicamente por Marx en el *Manifiesto Comunista*, los *Grundrisse*, en *El capital*, etc., pero escasamente atendida en la tradición del movimiento; la crisis de la cultura, de civilización en los países capitalistas adelantados, con una vulnerabilidad que ayer se puso bien de manifiesto en el segundo apagón de Nueva York, y con la natural tendencia del poder a una involución de la vida social; los persistentes problemas del imperialismo y el Tercer Mundo; y, *por terminar en algún punto, la espectacular degeneración del parlamentarismo en los países capitalistas más adelantados, augurio también (esperemos que falible) de una nueva involución de esas sociedades hacia forma de tiranía* [27] [la cursiva es mía]

Lo de que no fue capaz de elaborar una alternativa ni al capitalismo ni a la democracia liberal realmente existente es asunto discutible. O matizable. Depende que entendemos por *alternativa*. Si es entiendo como algo listo para cerrar y embalar, no fue capaz por supuesto. De hecho, no es esta una tarea de un par de minutos (o de un par de años) ni de un pensador solo y aislado que desde su cabeza genere una “alternativa para la salvación del mundo”. Es más bien asunto de todos, de búsqueda, de discusión, de práctica política y social en construcción ininterrumpida.

En todo caso, de ahí no se infiere que sus reflexiones, ideas o sugerencias sobre estas temáticas esenciales fueran “las de siempre”, pobres, tópicas, sin gancho, asignificativas, repetición de lo sabido o carentes de interés. Conviene leer o repasar muchos de los trabajos contenidos en *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, aparte de otros libros suyos como *Escritos sobre El Capital (y textos afines)*, *Sobre dialéctica*, *Seis conferencias y Barbarie y resistencias* [28]. Mucho del buen pensamiento alternativo ecosocialista vigente en nuestro país (y en muchos otros países europeos y latinoamericanos) tiene en él un clásico, un referente, un maestro del que mucho podemos seguir aprendiendo. Ya a principios de los años setenta acuñó un término, sociofísica, para referirse a estas temáticas al sugerir a Ediciones Grijalbo una nueva colección de divulgación científica que no llegó finalmente a editarse.

González Cuevas prosigue ahora con un latigazo enérgico y descalificador:

Eso sí, acaudilló una caterva de discípulos, cuyo miembro más carismático fue Francisco Fernández Buey, que, al final, se convirtió en un mero vulgarizador y apologista de Savonarola y del Che Guevara.

Sacristán no acaudilló nada, y menos “una caterva” (¿a qué bien esta descalificación?) de discípulos. Francisco Fernández Buey fue uno de sus discípulos ciertamente [29] pero hablar de él, del autor de *Por una universidad democrática*, como hace el profesor de la UNED, como “un mero vulgarizador de Savonarola y el Che”, muestra, cuanto menos, desconocimiento de su obra o, tal vez, mala fe político-intelectual y mucha descortesía. ¿El autor de *La gran perturbación*, *La barbarie*, *Marx (sin ismos)*, *Leyendo a Gramsci*, *Política*, *Otro mundo es posible*, *La ilusión del método*, *Albert Einstein. Ciencia y consciencia* y tantos otros libros y artículos decisivos fue un mero vulgarizador de la obra de dos autores que ciertamente conocía muy bien y sobre los que escribió páginas que es justo no olvidar [30]?

No acaba aquí la “crítica” de González Cuevas. Sigue en los siguientes términos:

En lo que respecta a mi artículo, el señor López Arnal se equivoca o lee mal. La cita de Gil de Biedma se encuentra perfectamente documentada: “Carta de España (todo en Nochevieja en nuestra literatura al comenzar 1965)”. Ensayos Completos. Seix Barral. Barcelona, 2017, p. 280. Y mi aserto sobre la homofobia de Sacristán no se basa en los testimonios de Esperanza Aguirre, sino en la biografía que Miguel Dalmau dedicó a Gil de Biedma, que recoge el testimonio del economista Fabián Estapé, quien afirma que el filósofo comunista fundamentó su negativa a la entrada del poeta en el PCE en un texto de Lenin, porque “todos los homosexuales son víctimas de su naturaleza y pueden hacer peligrar la seguridad del Partido”. Ni más ni menos. Los alegatos del señor López Arnal en su obra *La observación de Goethe* son meramente apoloéticos y nada convincentes.

De la cita de Gil de Biedma a la que alude, me limité a decir en mi nota que convendría ver el contexto en el que el autor de “Canción del aniversario” había dicho las palabras que González Cuevas ponía en su boca o en su pluma, cita que, además, no referenciaba en su primer artículo. Yo no dije que no pudiera documentarse. Lo hace ahora, perfecto, mejor que bien, gracias. Eso sí recuerdo que el libro del poeta segoviano-barcelonés suele citarse por *El pie de la letra* y que la cita que usa, completada, sería la siguiente (los corchetes delimitan lo citado por él):

“Veinticinco años de paz”, tal ha sido la consigna que desde todas las fachadas, tapias, pantallas y periódicos han fatigado los ojos de los españoles hasta filtrárseles en la conciencia. De la paz habría mucho que hablar. Pero los veinticinco años son irrefutables.



[No vale decir, como dicen algunos frívolos, que Franco es simplemente un individuo grotesco, que tiene buena suerte, porque eso no es más que la versión invertida de la imagen de Franco hombre providencial difundida por la propaganda. ¿Puede, en efecto, imaginarse nada más providencial que veinticinco años de buena suerte? Veinticinco años son muchos años. España y los españoles han cambiado, y aunque forzosamente hubieran cambiado también sin Franco, el hecho es que han cambiado con él. De la España que Franco deje han de partir quienes vengan cuando éste acabe, no de ninguna anterior]. Que la cicatriz de la guerra empiece a borrarse, que el país se desarrolle y el nivel de vida se eleve, que las costumbres y actitudes de los españoles cambien, no parece que sean fenómenos especialmente difíciles de observar, ni tampoco de admitir. Son, además, fenómenos positivos que abren la puerta a la esperanza, por más que tal esperanza sea, ay, distinta de aquella con la que muchos se embriagaban.

Franco, por cierto, no aparece en negrita en el original de Gil de Biedma, sí en el texto de González Cuevas. No afirmo que él sea el responsable. Probablemente no lo es.

Su fuente de información sobre el asunto comentado es una la biografía de Gil de Biedma de Miguel Dalmau que, en mi opinión, no está entre los mejores trabajos del biógrafo de *Los Goytisolo*. Sea como fuere, la fuente, la fuente del autor, de Dalmau, es una reflexión de Fabián Estapé que no pudo conocer de ningún modo los intrínquilis de la decisión del PSUC. Su apelación a Lenin, además, no está entre los mejores momentos del que fuera colaborador de Laureano López Rodó. Estapé nunca fue, según todos los indicios, un atento lector del revolucionario ruso. No tenía que serlo por supuesto. Y es imposible, totalmente imposible, que Sacristán se expresara en los términos que “recuerda” Estapé muchos años después (la moneda no siempre acuña bien nuestras monedas), un compañero suyo en algunos momentos con el que a veces estuvo muy distanciado. Por ejemplo, cuando tradujo la monumental *Historia del análisis económico* de Schumpeter.

### III

Dos nombres para estar bien informados en el asunto que llevamos entre manos: Luis Goytisolo y Gregorio Morán. El primero, por implicación directa; el segundo como reconocido estudioso de la historia del partido comunista. Hay más nombres por supuesto.

En *Cosas que pasan* [31], el novelista y académico barcelonés señala:

Sin embargo, contrariamente a la versión que corrió por Barcelona en aquel entonces [SLA: y mucho tiempo después, y una y otra vez] y que hasta el mismo Gil de Biedma daba por buena, *quien vetó su solicitud de ingreso en el PCE no fue Sacristán sino Miguel Núñez*.

El autor de *Las afueras*, que sorprendentemente ha permanecido en silencio durante años y años sin decir ni pío sobre el tema, dice recordar bien lo sucedido con el asunto de la solicitud de militancia:

Fue a mi a quien Jaime [Gil de Biedma] hizo la petición de ingreso, que yo transmití a la dirección, convencido de que no había problema. Y fue Miguel Núñez quien días después me sacó de mi error, al hacerme saber que la petición no podía ser aceptada. “Los maricones, cuando son detenidos, cantan. Hay precedentes: el caso Landínez”, me dijo.

Miguel Núñez pudo expresarse o no en estos términos (¡quien esté libre de pecado y

estupidez que tire la primera piedra!), frecuentes en aquella época incluso en ambientes exquisitos, tolerantes y cuidadosos del lenguaje. Conviene ubicar las cosas en su contexto histórico-cultural. Pero lo que hay detrás de su afirmación, el caso Landínez, no es ninguna tontería ni ningún prejuicio.

Como no se puede hablar de todo, no puedo explicar aquí con detalle la referencia. Morán, el expulsado periodista de *La Vanguardia*, se refirió con detalle al caso Landínez en unas de sus sabatinas intempestivas. Puede consultarse con provecho [32]. En la reedición de historia del PCE con el título *Miseria, grandeza y agonía del Partido Comunista de España (1939-1985)* [33] comenta:

A él [Sacristán] se achacó que el poeta Gil de Biedma no fuera admitido en el PSUC porque sus gustos amatorios no eran “proletarios”; acusó a quien luego sería el secretario general del PSUC [Antoni Gutiérrez] de inclinaciones “equivocas” en el terreno sexual, sin entrar en otras consideraciones que le hicieron expulsarle de su casa porque “la contaminaba”. También marginó a Manuel Vázquez Montalbán porque sospechaba que tenía concomitancias con la Central de Inteligencia norteamericana (CIA) o con la policía. E igualmente Jordi Solé Tura pertenecía, según él, a un género animal que no puede transcribirse en letras de imprenta en su acepción vulgar. Si todos llevamos dentro un mundo, Sacristán como mínimo contenía dos.

Cita de la anterior edición del libro, la de 1986 en Planeta, a la que, en la nueva edición de 2017, añade:

Véase *El cura y los mandarines* para conocer todo lo que de falacia tenían estas historias [las cursivas son mías].

Si consultáramos *El cura y los mandarines* veríamos que ese todo refiere a todas las historias anteriores. A todas ellas, sin excepción.

Para informaciones complementarias pueden verse los documentales sobre la vida y la obra del que fuera miembro del comité ejecutivo del PSUC dirigidos por Xavier Juncosa: Integral Sacristán, Barcelona, El Viejo Topo, 2005. Pueden verse allí, entre otros, los comentarios de Carme Riera, Xavier Folch y Josep M. Castellet.

Añado por mi parte: decisión, la del PSUC, no homofóbica (más allá de los prejuicios de tal o cual dirigente; quien esté libre de pecado en este asunto que tire la primera piedra: ¡seguro que no hay pedrea!), vinculada con la vida en absoluto clandestina y “muy a la luz” que llevaba el poeta segoviano-barcelonés en aquellos años, y con las dolorosas consecuencias que para los militantes y la organización del Partido de la lucha antifascista tuvo la detención y salvajes torturas a las que fue sometido Luis Landínez.

Gil de Biedma, como se indicó, siguió relacionándose con el PSUC y participó además, unos años más tarde, en 1962, en un encuentro de apoyo a Sacristán (inexistente ruptura entre ellos) celebrado en un restaurante barcelonés de la plaza Real, tras lo sucedido en las oposiciones a la cátedra de lógica de la universidad de Valencia celebradas en Madrid en 1962. Christian Martín Rubio, José Luis Moreno Pestaña y Gregorio Morán han escrito páginas imprescindibles sobre lo sucedido [34].

Los que el profesor de la historia de las ideas políticas de la UNED llama alegatos míos en La observación de Goethe, tal vez sean apologeticos y nada convincentes. En todo caso, no nos ilustra sobre las razones de sus afirmaciones críticas. Pero sea así, si él lo dice... aunque tal vez no sea tan así. No es punto esencial para la discusión.

El texto de continúa en la misma línea y el profesor González Cuevas, rompiendo las bridas de contención, amplía el círculo de los criticados y menospreciados:

No pocos discípulos de Sacristán se han agrupado en torno a la revista barcelonesa *El Viejo Topo*, que yo leo todos los meses, y a la editorial del mismo nombre. Aquí nuestra “looney left” brilla en todo su esplendor. Daré algunos datos, pocos para no cebarme. La editorial El Viejo Topo ha publicado dos obras del filósofo comunista Domenico Losurdo, *Contrahistoria del liberalismo y Stalin. Historia y crítica de una leyenda negra*. En el primero de los libros, interpreta el liberalismo como “una ideología de dominio y hasta una ideología de la guerra”. Losurdo es especialmente duro con Burke y Tocqueville, como apologistas de la esclavitud y de la explotación económica. En cambio, se muestra tolerante hasta el irenismo, en su segunda obra, con la figura de Stalin. No considera que su régimen fuese totalitario y lo caracteriza como una “dictadura de desarrollo”. Niega la existencia del “holocausto” en Ucrania. No llega a discutir la existencia del Gulag, pero banaliza su significado y características, ya que considera que en su interior predominaba no un proyecto de exterminio, sino “un estímulo productivista y pedagógico”. Y es que en el Gulag el detenido es un “compañero” potencial obligado a participar en condiciones de especial dureza en el esfuerzo productivo de todo el país, y después de 1937 es en todo caso un “ciudadano potencial”.

No me esperaba (si bien me congratula: ¡gracias!) que González Cuevas lea todos los meses *El Viejo Topo* pero es parcialmente exacto cuando afirma que no pocos discípulos de Sacristán se han agrupado en la revista. Sí y no. Básicamente Paco Fernández Buey, Miguel Candel y Víctor Ríos; en contadas ocasiones, Antoni Domènech y Félix Ovejero. Las principales revistas de expresión -no digo las únicas- de los discípulos de Sacristán a lo largo de los años han sido *Materiales*, *Papeles de relaciones ecosociales y del cambio global*, *mientras tanto* y *sin permiso* (bajo la dirección esta última de Antoni Domènech). Tanto *mientras tanto* como *sin permiso* se siguen publicando en formato electrónico. *Papeles* en papel y en formato electrónico. *Materiales* dejó de publicarse en 1978.

Que González Cuevas, desde sus coordenadas político-filosóficas, considere que en *El Viejo Topo* brille en todo su esplendor lo que llama “izquierda chiflada” es muy posible que sea considerado un elogio por el director de la publicación, Miguel Riera. Lo es en mi caso que soy colaborador frecuente desde hace más de 20 años.

No hace falta defender aquí a Domenico Losurdo (del que, por cierto, la editorial de El Viejo Topo ha publicado más libros de los dos que González Cuevas cita). Lástima que no esté entre nosotros el gran filósofo hegeliano italiano para escribir algún comentario agudo, crítico e informado. De los dos ensayos citados, *Contrahistoria del liberalismo* sigue siendo, en mi opinión, un libro magnífico que nos ayuda a desenmascarar las caras ocultas y las numerosas falacias que rodean y encubren una cosmovisión que parece impoluta y libre de cualquier desvarío y desliz a lo largo de su dilatada historia. Losurdo argumenta en la línea de otro libro imprescindible, este de Mike Davis: *Los holocaustos de la era victoriana tardía*. Si hay tiempo, no hay que perderse ninguno de ellos.

La cosa no acaba aquí. González Cuevas sigue su “lucha ideológica” en estos términos:

No menos escandalosas son sus apologías en El Viejo Topo de Fidel Castro como líder comunista. Y su admiración se trasladó a Hugo Chávez, a quien, tras su muerte, El Viejo Topo dedicó un número extraordinario de la revista, con el título de Chávez Vive. Juan Carlos Monedero le dedicó una oración fúnebre, en la que el líder bolivariano aparecía como el gran enemigo del “fascismo” y del “neoliberalismo”. Hay que reconocer que cierta literatura de “looney left” resulta insuperable en simplezas y necedades. El Viejo Topo se ha tomado en serio, además, al sucesor de Chávez, Nicolás Maduro, a quien Víctor Ríos y Miguel Riera entrevistaron para la revista barcelonesa, dedicándole ¡catorce páginas! Todo

un hallazgo.

Que el colaborador de *Okdiario* hable como habla de Fidel Castro, era esperable. Que lo siga haciendo, como lo hace, de Hugo Chávez, lo es también. Que cierta literatura “looney left” le resulte a él insuperable en simplezas y necedades estaba cantado. No veo desde qué perspectiva puede criticar que *El Viejo Topo* dedique un número extraordinario a la vida, obra y legado del revolucionario bolivariano. ¿Ve alguna inconsistencia en ello? ¿No están (estamos) todos chiflados? Luego entonces... ¡Qué puede esperarse de nosotros!

Que Juan Carlos Monedero haya aludido a Chávez como adversario-enemigo del fascismo y del neoliberalismo tampoco parece contradictorio con la ideología del dirigente de Podemos o con la información que todos podemos tener sobre el pensamiento político y la práctica de Hugo Chávez que fue sometido, como se recuerda, a un golpe de estado en 2002 apoyado por el gobierno Aznar, coincidiendo en este punto con las usuales proclamas del director de *okdiario* cuando habla de la presidencia venezolana. Acusar a la “looney left” de simpleza y necedad, sin dar razones, está en una línea poco aconsejable de golpes y ataques políticos sin justificación (el estilo general del artículo en mi opinión). Y que, finalmente, González Cuevas dé una estocada final a Nicolás Maduro, Víctor Ríos y Miguel Riera no puede sorprender a nadie. Está en su línea. Un orgullo para ellos probablemente. Ninguna novedad: como en el caso de Plotino y su metafísica teológica, todo parece ser uno y lo mismo. ¡Toda la izquierda chiflada se reduce a lo mismo, no hay variantes: pura locura y sinrazón políticas! ¡La chifladura permanente o ininterrumpida!

Las palabras de cierre de González Cuevas:

Por todo ello, la lucha contra nuestra “izquierda chiflada” es un imperativo categórico. Frente a ella, es necesaria la elaboración de una auténtica reforma intelectual y moral, no la del comunista Antonio Gramsci, sino la del liberal-conservador Ernest Renan.

Su lucha contra lo que, por supuesto, sigue llamado izquierda chiflada no es en absoluto un imperativo categórico, leamos como queramos leer e interpretar la categoría kantiana. Puede ser acaso, un imperativo para un pensador conservador como él, pero los imperativos kantianos (que no abundan y no son fáciles de descubrir) suelen estar muy pero que muy lejos de estas “descalificaciones políticas”. Que la auténtica reforma moral e intelectual se tenga que hacer en nombre no de Antonio Gramsci sino en nombre de Ernest Renan (un pensador estudiado, por cierto, y muy bien estudiado, por Domenico Losurdo), un liberal-conservador en opinión del autor, muestra con total claridad las filias, las fobias, las referencias, e incluso la consistencia ideológica de nuestro historiador de las ideas políticas. El autor de los *Quaderni* no está entre sus autores de estudio. Es razonable. Él se lo pierde.

En todo caso, ningún problema con ello, allá cada cual con sus maestros. Sí hay problema, en cambio, con sus descalificaciones, sus insultos, su sentar cátedra en ocasiones, sus afirmaciones no argumentadas y su aproximación a un tema (el de Sacristán, el PSUC y Gil de Biedma) que desconoce en gran parte o que conoce muy parcialmente. Recordemos la sentencia séptima del *Tractatus* de Wittgenstein y giremos un poco el sentido filosófico-lingüístico de sus palabras: de lo que no puede hablarse, lo mejor es el silencio, informarse un poco más y no descalificar ni insultar. Ni de entrada, como nos engañaron aquellos, ni tampoco de salida.

... Me olvidaba y no debería haberme olvidado. Resumo un testimonio complementario sobre la expulsión política de Sacristán de la UB (en 1965, por el rector Valdecasas), desde

el recuerdo y la mirada de un estudiante, Josep Mercader Anglada [JMA], alumno suyo en el último curso que le dejaron impartir en aquella época. Nos ayuda a introducir nuevos elementos en el tema objeto de discusión. Las cursivas son mías.

Lo tuve de profesor en primer curso de Económicas, en 1964, señala JMA.

No lo había oído nombrar anteriormente ni lo volví a ver después [...] No recuerdo el nombre exacto de la asignatura; nosotros la llamábamos simplemente “Filosofía”. Sacristán nos informó claramente el primer día: dedicaría el curso a la lógica formal. A él le serviría para no complicarse la vida y a nosotros para activar el cerebro [...] Él no hablaba nunca así. Era muy meticuloso en el uso de las palabras, no era tan burdo. Sí que recuerdo, sin embargo, que de un modo u otro justificó la utilidad que podía tener el aprendizaje de la Lógica en nuestra formación. Dijo también que la lógica era un campo de la Filosofía poco susceptible de tendencias ideológicas y que, por tanto, esperaba no poder ser acusado por nadie de desvaríos en sus explicaciones en clase. No lo conocía de nada pero entendí que habría tenido problemas con lo que hubiera explicado en clase en cursos anteriores. A mí, aprender algo de Lógica me atraía suficientemente; con un profesor, con problemas con las autoridades, todavía más.

En los últimos cursos de bachillerato los estudiantes de familias de tendencias antifranquistas se habían ido reconociendo:

En mi caso, se trataba de un antifranquismo con base en el catalanismo. Pero creo que, aparte de los bien formados en las distintas teorías políticas, y fuera de los integrados en grupos políticos y sindicales clandestinos, a los demás nos unía un único sentimiento de lucha contra “el régimen”.

La asignatura era obligatoria para todos los matriculados en primer curso -todas las asignaturas lo eran- y eran bastante más de cien los estudiantes matriculados:

Sus clases estaban siempre llenas a rebosar, a menudo con alumnos sentados en los escalones de los pasillos. Yo mismo, que me saltaba olímpicamente todas las clases (en el bar se aprendía más) y que colgué la carrera dos años después, no falté nunca a sus clases. Llegaba antes de la hora, para no tener de sentarme en los pasillos o en la misma tarima. Y, sin embargo, no había barullo: en sus clases el silencio era total, la atención completa. *Todos tomábamos apuntes como si nos fuera la vida en aquella asignatura.*

Un día, una estudiante se mareó, tal vez por el sofoco de tanta gente apretujada en la clase.

Antes de enterarme de lo que realmente pasaba, lo primero que vi fue que Sacristán se interrumpía de repente, saltaba de la tarima al suelo por encima de los alumnos allí sentados y se acercaba a la 2ª o 3ª fila para interesarse por ella. Entre él y algunos compañeros la acompañaron fuera del aula, y aún después nos tuvo un buen rato aguardando hasta que regresó a la pizarra y nos comunicó que la compañera estaba bien, que no había pasado nada.

“Yo ya conocía al Sacristán maestro, aquel día conocí a Sacristán como persona” comenta JMA. Algo muy similar ocurrió algunos años después, en 1978 o 1979, en las clases de “Metodología de las Ciencias Sociales”. Yo mismo puedo dar testimonio de ello.

JMA conoció aún mejor a su profesor cuando realizaron un examen parcial de la asignatura. Tras el examen, en la siguiente clase, Sacristán se presentó con todos los exámenes “magnífica y concienzudamente corregidos”. Antes de devolverlos, práctica nada frecuente, les señaló que aquella prueba debería servir como un contacto entre lo que ellos habían asimilado y su percepción previa de ello.

Comentó lo que creía válido como respuesta a cada una de las cuestiones planteadas y, aún antes de repartir, nos hizo un breve comentario personal, en voz alta, ¡uno por uno! Si no queríamos

que nos hiciera el comentario en voz alta, podíamos indicárselo con un simple gesto, pero nos pidió que fuéramos atendiendo a todos aquellos breves comentarios porque, aunque no fueran dirigidos a nosotros, también nos podían ser de utilidad. Recuerdo muy bien el comentario que me correspondió: “¿Usted escribe poesía, verdad?”. Sí, hube de confesar. “Se nota”, me dijo. “Su examen está bien, pero adolece de una redacción torturada, como si tuviera de luchar para encontrar en cada frase la palabra exacta”. Comentario ajustadísimo. Al instante, había detectado mi talón de Aquiles. En los folios del examen había otros comentarios escritos y una nota que me supo a poco, un 8, pero que tuve de reconocer como la que seguramente me correspondía.

*Il Vangelo secondo Matteo* ya se había rodado y se había estrenado en España con el título tendenciosamente cambiado *El Evangelio según San Mateo* (añadieron San).

Pues bien, en una de las primeras clases de la asignatura -“Fundamentos de Filosofía”- hubo un breve diálogo entre Irazoqui, uno de los actores de la película, y Sacristán. JMA lo recuerda así.

Sí, a pesar del gran número de alumnos en clase, Sacristán promovía la intervención del alumnado: si nadie preguntaba nada, preguntaba él. Por el tono en que se entrecruzaron las palabras, me pareció entender que ya se conocían. En el examen del que te he hablado antes, Irazoqui sacó un 10. Desconozco las tendencias políticas de Irazoqui y mucho menos sus tendencias sexuales. Sólo sé que había tenido una importante relación con Pasolini. Y reconozco que a partir de este pequeño dato no puedo deducir nada consistente.

JMA añade una reflexión complementaria sobre nuestro asunto, el caso Sacristán-Gil de Biedma:

Pero a mí, personalmente, este 10 siempre me sirvió para no dar crédito a lo que más tarde se divulgó: que Sacristán no había admitido a Gil de Biedma en las filas del PSUC debido a su homosexualidad, siguiendo la línea del PCI que había expulsado a Pasolini de sus filas. Hoy, la negativa de Sacristán a la afiliación de Gil de Biedma, podemos interpretarla mucho mejor reconociendo el evidente peligro que suponía para el partido la entrada de un personaje con una vida nocturna “alborotada”, seguido siempre de cerca por la policía. Sin embargo, a partir de este episodio, muchos siguen atribuyendo a Sacristán una intransigente moralidad según las normas sociales tradicionales, incluida la homofobia.

Hasta aquí Josep Mercader Anglada, un apunte final.

No debería colegir el lector/a (creo que inferiría mal si lo hace) que este miembro de la “izquierda chiflada” sea partidario de la creación de una “guardia pretoriana” empeñada en batallar y defender el legado, la obra y la praxis de Manuel Sacristán contra cualquier crítica que se pueda formularse. Lo contrario es lo verdadero. Desde mi punto de vista, es necesario hacer con su obra y su praxis lo mismo que él hizo con los autores que estudió, tradujo y presentó: desde Marx a Lukács pasando por Engels, Lenin, Gramsci, Labriola, Russell o Harich. La filosofía crítica y el sentido común filosófico bien entendido obligan a ello. Sería “antisacristiano” (por decirlo con palabra poco afortunada) operar en sentido contrario. Pensar de manera servil, defender dogmáticamente sus tesis y argumentos frente a cualquier aproximación crítica y documentada, es lo más opuesto al estilo filosófico del autor de “Karl Marx como sociólogo de la ciencia” que uno pueda imaginarse.

Lo que he intentado con estas notas, con mayor o menor fortuna, es mostrar que la crítica (más bien desconsideración) a Sacristán como marxista comunista homofóbico no se corresponde en absoluto con lo que sabemos de aquella situación. A pesar de ello, se sigue insistiendo una y otra vez. Más allá de ello y por supuesto, es imprescindible aproximarse a

la obra del traductor de *El Capital* con libertad y perspectiva crítica. El mismo nos dio un buen ejemplo de la forma de aproximarse a un clásico, a Marx en su caso, en uno de sus grandes artículos: “El trabajo científico de Marx y su noción de ciencia” [36]. Debería ser modelo para todos nosotros.

## Notas

- 1) <https://okdiario.com/opinion/manuel-fraga-padre-constitucion-4141837>
- 2) S. López Arnal, “Una mentira cansina sobre Manuel Sacristán que huele a naftalina, anticomunismo y a desinformación interesada”. <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=256326>
- 3) Para más información sobre lo sucedido remitía a S. López Arnal, *La observación de Goethe*, Madrid, La linterna Sorda, 2015, capítulo 2º.
- 4) Véase Francisco Fernández Buey, *Sobre Manuel Sacristán*, Vilassar de Mar, El Viejo Topo, 2016.
- 5) <https://okdiario.com/opinion/festival-simplezas-nuestra-izquierda-chiflada-4204914>
- 6) Fue Miguel Manzanera Salabert en tu tesis doctoral sobre el pensamiento y la práctica de Manuel Sacristán quien alertó y tradujo la correspondencia entre ambos. Véase también (si se tiene curiosidad) S. López Arnal, *Entre clásicos*, La Oveja Roja, Madrid, 2011.
- 7) Véase Manuel Sacristán, *Sobre Marx y marxismo*, Editorial Icaria, Barcelona, 1983, pp. 85-114.
- 8) Véase Manuel Sacristán, *Seis conferencias*, El Viejo Topo, Barcelona, 2005, pp. 157-194 (presentación de Francisco Fernández Buey, epílogo de Manolo Monereo, edición de S. López Arnal)
- 9) Como fue el caso de muchos otros intelectuales de aquellos años cuarenta y cincuenta. Con una diferencia que persiste en el tiempo: la comprensión generalizada sobre esas militancias juveniles muy de aquella época, forzadas en muchos casos, se transforma en acusación, insulto y sospecha cuando se habla de Manuel Sacristán.
- 10) Véase, a título de ejemplo, “La historia de una expulsión universitaria durante el franquismo. Entrevista con Pep Mercader Anglada.” <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=77866>
- 11) Cito y recomiendo uno de los mejores libros que se han escrito nunca sobre Sacristán en los años de *Laye*: Esteban Pinilla de las Heras, *En menos de libertad*, Anthropos, Barcelona, 1989, con la inclusión de textos inéditos suyos.
- 12) <http://filosofiacadiz.blogspot.com/2014/10/21-de-octubre-2014-lectura-de-la-tesis.html>
- 13) Véase, por ejemplo, L. Vega Reñón: “Sobre el lugar de Sacristán en los estudios de lógica en España”. En S. López Arnal et alii, *Donde no habita el olvido*, Montesinos, Barcelona, 2005, pp. 19-50.
- 14) Véase José Sarrión Andaluz, *La noción de ciencia en Manuel Sacristán*, Dykinson, Madrid, 2017.
- 15) Reeditada por la Editorial Crítica en 1995. Francisco Fernández Buey fue el responsable de la edición. De él es también el informado y magnífico prólogo que acompaña a esta edición.
- 16) Varias reediciones en Editorial Ariel. Sacristán fue también autor de otro manual de lógica, *Lógica elemental* (el nombre responde a cuestiones técnicas, de su contenido, no a cualquier otra consideración: lógica proposicional y lógica de predicados de primer orden), editado póstumamente por Vera Sacristán en la editorial Vicens Vives en 1995 (prólogo de Jesús Mosterín). Por cierto, fue la editorial Labor quien le encargó el libro pero finalmente tuvo que incumplir su compromiso de edición por presiones de “las alturas”. Sacristán había sido expulsado ese mismo año de la Universidad y al enemigo, como se sabe, ni agua y más tiempos gloriosos del fascismo español. No es imposible, es una conjetura, no puedo afirmar nada con rotundidad, que en esas alturas que presionaron haya que ubicar a Carlos Robles Piquer e incluso a su cuñado, don Manuel Fraga Iribarne, ministro de Información y Turismo en aquellos momentos.
- 17) Si el lector quiere aburrirse puede ver aquí mi intervención en este curso, abril de 2019: <https://www.youtube.com/watch?v=GzhZhBLDG0A>
- 18) “El pensamiento político de José Antonio Primo de Rivera”. Puede verse ahora en M. Sacristán, *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea*, Editorial Trotta, Madrid, 2007, edición, presentación y notas de Albert Domingo Curto, pp. 71-79. Abre el autor con estas palabras: “Las doctrinas políticas de José Antonio Primo

de Rivera están inseparablemente enlazadas con la situación histórica en que aparecieron. Esto es de suma importancia porque J.A.P.de R. no es un filósofo político, sino un político con ideología propia, *un político cuyas tesis políticas prácticas se hallan fundadas en un sistema de desarrollo simple y pensado en función de la práctica política y los datos inmediatos*". [la cursiva es mía]

19) Véase Juan Ramón Capella, *La práctica de Manuel Sacristán. Una biografía política*, Madrid, Editorial Trotta, 2005.

20) "Cuando empieza la vista" y "Nota a la *Pequeña Antología* de Ulrike Marie Meinhof". En *Intervenciones políticas*, Editorial Icaria, Barcelona, 1985, pp. 158-177 y 178-185 respectivamente. Manuel Sacristán abre su nota de presentación de la *Antología* con estas palabras:

Con esta reducida y apresurada antología no se pretende mucho más que facilitar el recuerdo de una víctima en verdad nada típica, pero sí muy característica, de esta sociedad, intentando ayudar a la comprensión de lo que hizo, documentando brevemente el desarrollo de sus motivaciones y de su pensamiento hasta la etapa final de su vida.

21) Véase S. López Arnal y Pere de la Fuente, *Acerca de Manuel Sacristán*, Barcelona, Destino, 1996, pp. 97-130. También en *De la primavera de Praga al marxismo ecologista. Entrevistas a Manuel Sacristán Luzón*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2004, pp. 91-114 (edición de Francisco Fernández Buey y Salvador López Arnal). Llamo la atención sobre la Introducción, obra en exclusiva del autor de *La gran perturbación*. En mi opinión uno de los grandes textos de Francisco Fernández Buey sobre el que fuera su maestro, amigo y compañero de mil tareas y combates.

22) Manuel Sacristán, *Sobre Gerónimo*, El Viejo Topo, Mataró, 2013, edición, presentación y notas de S. López Arnal

23) *Ibidem*, p. 51. Añadía Sacristán: "Los apaches, tan cerrados ellos, obligan al progresista a reconocerse genocida, o a reconocer que a lo mejor tiene sentido político la palabra "justicia"".

24) "A propósito del 'eurocomunismo'". En *Intervenciones políticas*, op. cit., pp. 196-207. La cita posterior es de la página 205.

25) Véase M. Sacristán, "El filosofar de Lenin". *Sobre Marx y marxismo*, op.cit., pp. 133-176. Sus primeras palabras: "La insuficiencia técnica o profesional de los escritos filosóficos de Lenin salta a la vista del lector. Para ignorarla hacen falta la premeditación del demagogo o la oscuridad del devoto..."

26) El mismo acuñó el término de fuerzas productivo-destructivas. En "¿Qué Marx se leerá en el siglo XXI?", *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, ed cit., p.128, señalaba Sacristán:

Queda la lectura más fiel al sistema de Marx y a su estilo intelectual, la que se orienta por la perspectiva dialéctica articulada por vez primera en el manuscrito de 1857-1858, aunque anticipada en el *Manifiesto Comunista*: la tensión entre la creación y la destrucción, causadas ambas por el desarrollo capitalista de las fuerzas productivo-destructivas, así como la tensión entre las ideologías correspondientes, no puede resolverse más que con el socialismo. En lo que se refiere a las sociedades conocidas, o en la medida en que se niega, la tesis suena realista y los hechos parecen concordar con ella. Pero no da ni una tenue pista para hacerse una idea de por qué y cómo se van a superar esas tensiones en el socialismo. Se puede sospechar que el logicismo de origen hegeliano, "enderezado" y convertido en confianza en las "leyes de la historia" y en la "racionalidad de lo real", es la causa de esa laguna. (Hasta después de muerto Marx no empezará a sospechar Engels, cuando contesta a preocupaciones de Kautsky, que a lo mejor Malthus tenía un poco de razón y sólo entonces deja de confiar en la dialéctica de las leyes históricas y se pone a investigar y argumentar por qué el problema demográfico, "si se presenta", será más fácil de resolver en el socialismo que en el capitalismo).

En una nota a pie de página de su traducción del primer libro de *El Capital* -OME-41, p. 262, nota 148-presentaba a siguiente definición "aristotélica" de el capitalismo por género y diferencia:

Según la doctrina tradicional desde Aristóteles, la definición de una especie se forma mediante el producto del género más reducido a que pertenece esa cosa y la diferencia que la separa de los demás grupos de cosas que pertenecen al mismo género. En ese caso, la especie capitalismo se define por el producto del género próximo "producción mercantil" y la diferencia específica "llevada a cabo para valorar capital".

Su razonada pulsión anticapitalista es manifiesta en este paso de un artículo de 1981 -"Intoxicación de masas,



masas intoxicadas”, *Pacifismo, ecologismo y política alternativa*, ed cit, pp. 97-103-:

[...] Pero ¿qué diferencia a esos prohombres enriquecidos y ejemplares del aceitero homicida que no supiera que su mezcla era tóxica? No el móvil -el beneficio, la vocación capitalista, por todos legitimada, de “sacar un honrado penique” del ejercicio de su listeza- ni la moralidad: no su sistema de valores, no su cultura. Sencillamente, el empresario honrado ha tenido suerte y el empresario homicida ha tenido desgracia en el desempeño de una misma función: el complicado fondo causal último de la intoxicación española de 1981 es la necesidad capitalista de mantener lo más bajo posible el valor de la fuerza de trabajo. No hay por qué decir eso más suavemente, ni siquiera por consideraciones prácticas: no vale la pena intentar persuadir a los empresarios privados de que es su sistema el que lleva en sí la necesidad indeterminada de esas catástrofes...

27) “A propósito del ‘eurocomunismo’”. En *Intervenciones políticas*, op. cit., pp. 196-207, p. 207.

28) El libro, que recoge textos suyos y de Francisco Fernández Buey sobre movimientos sociales y temáticas afines, ha sido publicado por El Viejo Topo en 2019.

29) Entre otros filósofos o científicos como Antoni Domènech, Miguel Candel, Eduard Rodríguez Farré, Juan Ramón Capella, Félix Ovejero, Jordi Guiu, Antonio Izquierdo, Pilar Fibla, Pere de la Fuente, Joaquín Miras, M. Rosa Borràs, Joaquim Sempere, Rafael Grasa o incluso Andreu Mas Colell.

30) Sus aproximaciones a la obra de estos dos autores, imposible caracterizarlas como panfletarias o término próximo, pueden verse (aunque no solo) en los libros que editó, con una antología sucinta de su obra, en la colección que codirigió con Jorge Riechmann titulada “Pensamiento Crítico” (Libros de los catarata).

31) Véase Luis Goytisoló, *Cosas que pasan*, Siruela, Madrid, 2009.

32) Gregorio Morán, “La leyenda del gran Landínez”. *La Vanguardia*, 15 de diciembre de 2012 <http://www.caffereggio.net/2012/12/15/la-leyenda-del-gran-landinez-de-gregorio-moran-en-la-vanguardia/>.

Sus palabras finales:

Marchó a París hacia 1960 y siguió escribiendo. En una vieja y hermosa casa de Santander pude descubrir su famoso manuscrito *El aprendiz de genio*, que no es una obra maestra pero tiene páginas memorables. También otros textos de mayor valor, inéditos. *El secreto mejor guardado es que Luis Landínez fue el argumento que sostuvo la dirección del PSUC cuando en los años 60, Jaime Gil de Biedma solicitó el ingreso en el partido. No es verdad que Manolo Sacristán le dijera que no lo admitían por homosexual. Como militante disciplinado que era, Sacristán consultó con su superior jerárquico en la organización comunista, en este caso, Miguel Núñez, quien le respondió: “Después del caso Landínez hay que tener mucho cuidado con los homosexuales en la clandestinidad. Son más susceptibles a chantajes”. Probablemente Sacristán no sabía quién era Landínez, pero Núñez sí. Y así quedó este enigma aún hoy sin resolver. ¿Quién era realmente Luis Benito Landínez, independientemente de sus inclinaciones sexuales? Ni siquiera tenemos otra certeza que aquella del 10 de diciembre de 1962, en la estación madrileña de Príncipe Pío, cuando un pasajero se quedó en su asiento, muerto [las cursivas son mías]*

33) Gregorio Morán, *Miseria, grandeza y agonía del PCE (1939-1985)*, Editorial Akal, Madrid, 2017. La cita posterior es de la página 843.

34) Se recogen muchas de sus ideas, informaciones y argumentos en S. López Arnal, *Siete historias lógicas y un cuento breve*, Ediciones Bellaterra, Barcelona, 2017.

35) Véase S. López Arnal: “La historia de una expulsión universitaria durante el franquismo. Entrevista con Pep Mercader Anglada. “Aparte de los bien formados políticamente y los miembros de grupos clandestinos, a los demás nos unía un sentimiento de lucha contra el régimen””. <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=77866>

36) Véase M. Sacristán, *Sobre Marx y marxismo*, Barcelona, Ed. Icaria, 1983, pp. 317-367. Lo mismo cabría decir, hablando en este caso de Engels, de su presentación del *Anti-Dühring*: “La tarea de Engels en el *Anti-Dühring*”. *Ibidem*, pp. 62-84.

Respuesta a (la nueva crítica de) Pedro Carlos Gonzalez Cuevas

### **Sobre fe, esperancismo, utopías y asuntos muy afines**

Tras unos compases dialécticos (Heráclito, Hegel) que yo no comparto en su totalidad -no creo, por ejemplo, que *todo* se engendre por discordia-, el profesor González Cuevas [1] señala que “aunque no se acepte las metafísicas que elevan la guerra a categoría suprema”, mi caso, es preciso admitir que “en el modesto nivel sociológico el dato experimental de que donde hay convivencia existe el conflicto”. Tal vez en algunos casos y en muchos momentos, no siempre desde mi punto de vista. Cuando se pone en comunicación a dos individuos o a dos grupos, prosigue el colaborador de *OkDiario*, “pronto se pone de manifiesto pretensiones contrapuestas e intereses incompatibles”. Pues tampoco en todos los casos y situaciones en mi opinión. De ahí, señala, “que el conflicto sea connatural a la vida intelectual y social. Por mi parte, siempre he sido partidario del pluralismo agónico”. Yo no lo soy: no me muevo ni me he movido nunca en coordenadas agónicas. Bastante lejos de mí ese cáliz y esas concepciones existenciales.

La máxima de mi interlocutor en el debate intelectual: “siempre hay que contestar. Se trata no sólo una exigencia político e intelectual, sino moral”. En este punto nos acercamos mucho más, pero yo no soy (a pesar de que ahora me considera miembro de la “izquierda radical”) tan radical como González Cuevas en este punto y no estoy por responder una y otra vez, hasta el infinito no enumerable y más allá como diría Buzz Lightyear. No por desconsideración hacia nadie, desde luego, sino por limitaciones mías, para evitar cansancios-agotamientos en los lectores/as... e incluso en nosotros mismos, los participantes más directos. Algunos debates llegan hasta donde llegan y no es necesario convertirlos en un eterno retorno a un ciclo interminable.

Respondo pues a algunas de las observaciones del profesor de la UNED vertidas en su nueva respuesta [2]. Tal vez él desee cerrar este intercambio.

Dado el contenido de mi respuesta, señala, “mucho me temo que no ha entendido lo que yo pretendía probar, sobre todo en referencia a su maestro. El señor López Arnal pretende abrumarme con la bibliografía dedicada a Sacristán. Vano intento. Conozco la mayoría de los textos”. Tal vez yo no haya entendido lo que el profesor de la UNED quería probar (¿probar no es una pretensión gnoseológica excesiva en estos asuntos?) pero no ha sido mi intención la que señala. Nada de eso. No he pretendido abrumar a nadie y menos con la bibliografía dedicada a Sacristán. He intentado ilustrar y justificar mis comentarios. Si el profesor González Cuevas conoce, como afirma y yo no dudo, la mayoría de los textos indicados, mejor que mejor. Mi más sincera enhorabuena. Sin ningún sarcasmo.

Debido a ello, continúa, “he de reprocharle que en la lista aparezca el inefable Gregorio Morán, un mero foliculario con ínfulas de erudición, a quien, al menos en mi opinión, no debería tomarse demasiado en serio”. Hace tiempo, según nos cuenta, que mi interlocutor perdió el respeto intelectual por Morán, desde que leyó “su libro *El maestro en el erial*”, en cuyas páginas “no sólo muestra su absoluta ignorancia en temas filosóficos, sino que incurre en errores históricos de bulto”. Como González Cuevas no indica esos “errores históricos de bulto”, nada puedo decir sobre ellos pero, en mi opinión, si algo no cabe inferir del mencionado ensayo del escritor y periodista despedido de *La Vanguardia* sobre Ortega y Gasset [3] es que muestre “su absoluta ignorancia en temas filosóficos”. Aparte de que “absoluto” suele ser un término demasiado enérgico y categórico, toda prudencia en su uso es poca, yo no creo que el autor de *El cura y los mandarines* muestre en *El maestro en*

*el erial*, más allá de las limitaciones de todos, ignorancia alguna en temas filosóficos. Lo contrario es lo verdadero en mi opinión. Morán no habló por hablar en su aproximación histórico-filosófica a Ortega; tampoco en sus respuestas a las críticas que en su día se le formularon.

Por lo demás, yo no le he citado a propósito de su ensayo sobre el autor de “La misión de la Universidad” sino como fuente de información y documentación sobre la historia del PCE (y del PSUC). Sigo pensando que no ha sido un error: su ensayo sobre el PCE es de obligada consulta (que no implica, por supuesto, acuerdo en todos sus puntos, y menosprecio alguno a lo mucho escrito sobre el Partido de los comunistas españoles desde entonces). Podemos suponer (aunque no admitir, insisto de nuevo) que Morán no tuviera fortuna o estuviera desenfocado en *El maestro en el erial* pero de esa suposición (que no hago mía) no se infiere que su historia del PCE-PSUC sea un trabajo gaseoso, insustantivo y sin informaciones y conjeturas de interés. Nada de eso.

Pero volvamos a Sacristán comenta González Cuevas. Volvamos. A él no le parece acertado lo que afirmo sobre Ulrike Meinhof. Sacristán, prosigue, presenta a la activista alemana como una víctima de la República Federal, al tiempo que acusa a la RFA de estar presa de tendencias autoritarias y “neofascistas”. No logro ver donde está el error del germanista madrileño-barcelonés: Meinhof fue hasta tal punto una víctima (y muchas otras cosas desde luego) que es altamente probable que muriera “suicidada” en la cárcel [4] (por no hablar de la repugnante e inhumana historia de lo sucedido posteriormente con su cerebro) y casi nadie que quiera acuñar bien las monedas de su memoria puede negar pulsiones fuertemente autoritarias en la República Federal Alemana de los años sesenta y setenta [5]. Hasta tal punto parece ser así que uno de los escritos que Sacristán dedicó a Meinhof [6] es la presentación de un libro (publicado en castellano por Seix Barral en 1976) del premio Nobel de Literatura Heinrich Böll que lleva por título *Garantía para Ulrike Meinhof*. Me da que Heinrich Böll, un hombre religioso, nunca ha formado parte de la izquierda chiflada o radical que el profesor González Cuevas critica, y que el título del libro -*Garantía para...*- no está puesto a tontas y a locas.

Sobre la relación Sacristán y Meinhof, añado ahora un paso de una entrevista, durante muchos años inédita, que en 1979 hicieron al traductor de Labriola y Schumpeter Jordi Guiu y Antoni Munné para la revista *El Viejo Topo* [7], una conversación no llegó a publicarse en su momento por indicaciones del propio interesado [8]. Arroja luz, mucha luz, sobre lo comentado y sobre las motivaciones del propio Sacristán:

En mi ocupación con Ulrike Meinhof, con el grupo Baader-Meinhof en concreto, supongo que mi motivación es doble. Por un lado, está el hecho de que uno no puede evitar ser germanista. Yo tengo mucho amor a la cultura alemana y al pueblo alemán, y me interesa mucho todo lo alemán. Entre los rojos españoles, estoy en minoría. Soy germanófilo al mil por mil. Entre otras cosas, porque si yo me recompongo: ¿quién me ha hecho a mí? A mí me han hecho los poetas castellanos y los poetas alemanes. En la formación de mi mentalidad no puedo prescindir ni de Garcilaso ni de Fray Luis de León, ni de San Juan de la Cruz, ni de Góngora. Pero tampoco puedo prescindir de Goethe, por ejemplo, e incluso de cosas más rebuscadas de la cultura alemana, cosas más pequeñas, Eichendorff, por ejemplo; o poetas hasta menores, y no digamos ya, sobre todo, y por encima de todo, Kant. Y Hegel, pero sobre todo Kant. Bueno, el Hegel de la *Fenomenología* también.

Hay más (incluida una declaración de su devoción mozartiana), con un contrafáctico inesperado:

Una de las motivaciones era ésta, entender cosa alemana, cosa que les pasa a los alemanes. Entender cosas que les pasan a los alemanes es entender cosas que me pasan a mí, porque tengo un buen elemento de cultura alemana asimilada. No sé... Si aquí ganara [Enrique] Lister y hubiera que perder la nacionalidad por disidente, supongo yo que la nacionalidad primera que se me ocurriría pedir sería la austriaca para poder tener que ver con Mozart... Esta motivación está presente, pero sobre todo la otra, la consciente, que era una motivación crítica. Intentaba entender la locura política del grupo Baader. Meinhof como negativo de la locura satisfecha de los partidos comunistas occidentales. *Era otra clase de locura, pero era sólo el negativo de la misma locura, de la misma falta de sentido común* [la cursiva es mía]

Remarco: motivación crítica, locura política, falta de sentido común.

Su crítica del eurocomunismo, admite a continuación el profesor de la UNED, era consecuente con su marxismo revolucionario, “pero reflejaba igualmente la ausencia, desde su perspectiva, de alternativas concretas y factibles”. Luego, por tanto, su crítica al eurocomunismo no fue un *non sense*, es consistente, como reconoce mi interlocutor, con la forma de entender, desarrollar y practicar la tradición marxista por parte del autor de “A propósito del ‘eurocomunismo’”.

En cuanto a las alternativas, asunto siempre complejo y en construcción, esa fue efectivamente una de las tareas que emprendió Sacristán en sus últimos años: generar pensamiento limpio, volver a empezar en nudos esenciales, generar praxis democráticas, socialistas y participativas, ayudar a la construcción de una izquierda a la altura de las nuevas circunstancias y problemáticas. No era ni es este asunto de unos días y de un solo militante [9]. Francisco Fernández Buey y otros amigos y compañeros de *mientras tanto* estuvieron a su lado. De hecho, esa tarea, lo intentado y conseguido, a ojos nuestros y pensando 40 años después, puede sorprendernos por su lucidez, por su valentía filosófica, por su coraje político y por las grandes dificultades e incomprendiones que les rodearon. Algún día habrá que explicarlas con detalle.

El contenido de la obra de Sacristán, en opinión de González Cuevas, resulta ya un tanto anacrónico. Tal vez, es su opinión. Contra gustos no hay disgustos. No es ese, en todo caso, mi punto de vista. Algunos, bastantes de sus textos (incluidos los de crítica literaria por ejemplo), son clásicos del marxismo (e incluso del pensamiento) español que conviene leerlos como tales. Están lejos de estar “agotados” filosóficamente. No se trata de repetir una y otra vez citas y citas (por hermosas que sean) del traductor de *El Capital* sino de crear pensamiento nuevo desde él, a partir de él y con él (y con otras compañías por supuesto), en circunstancias, las nuestras, que no fueron las suyas.

La problemática planteada por el feminismo, sostiene también el colaborador de *OKdiario*, brilla por su ausencia y tampoco aparece, afirma, el tema de la revolución sexual. Añade, eso sí, que no se lo reprocha, “porque no soy un feminista radical. Sin embargo, hay que reconocer que sus posturas fueron excesivamente rígidas, incluso tradicionales. Desde una perspectiva feminista, hubieran sido calificadas de patriarcalistas”. Excesivamente rígidas, incluso tradicionales, ¿en qué? ¿Por qué hubieran sido calificadas de patriarcales? Además, la problemática planteada por el feminismo no brilla por su ausencia en la obra de Sacristán, más bien lo contrario (admitiendo que no fue uno de los temas sobre los que más escribió). Vio antes que muchos (y que muchas) la importancia de ese movimiento social, de esa cosmovisión del mundo. Lo reflejan los colores de la revista *mientras tanto* (que él ayudó a fundar y de la que fue director hasta su fallecimiento) y varias conferencias (“La tradición marxista y los nuevos problemas” (1983), “Introducción a los nuevos

movimientos sociales” (1985)) recogidas recientemente en uno de los libros ya señalados: *Barbarie y resistencias* [10], sin olvidar por otra parte la Carta de la Redacción, de la que es autor, publicada en el número 1 de *mientras tanto*, y presentaciones de algunas traducciones suyas como *El varón domado* de Esther Vilar. Hay más ejemplos. No se trata de abrumar a nadie.

Sobre asuntos de revolución sexual, ciertamente, Sacristán escribió menos. Cabe citar aquí un texto suyo de 1969, que no es exactamente eso pero que sigue teniendo interés: “Notas sobre la contradictoriidad de la vida sexual en la cultura” [11]. Hay, además, materiales suyos sobre esta temática entre la documentación depositada en la Biblioteca de la Facultad de Economía y Empresa de la UB.

Más significativa, “comenta González Cuevas”, es la ausencia en su obra de una reflexión sobre el tema nacional español, o un análisis marxista del catalanismo o del nacionalismo vasco”. Sí y no. Aunque no se puede escribir de todo y no haya un artículo suyo dedicado directamente al tema, sí hay comentarios y reflexiones sobre las cuestiones señaladas en muchos de sus trabajos. Por ejemplo, en la que fue su última entrevista [12] (que debería ser leída con fecha y teniendo en cuenta las circunstancias del momento: diciembre de 1984) o en su conversación con *Tele/Expres* de junio de 1979 [13] y en trabajos partidistas suyos de los años sesenta, durante su militancia clandestina, que el profesor Miguel Manzanera sacó a la luz en su tesis doctoral. Sobre este punto, si se tiene interés, puede verse con mucho provecho un destacado escrito de su amigo y compañero Francisco Fernández Buey [14].

Por supuesto, prosigue el profesor de la UNED, Sacristán “no fue ni de lejos un seguidor de Georg Lukács”, aunque tradujera algunas de sus obras [15]. No sé si la formulación -ni de lejos- es la más prudente pero, ciertamente, Sacristán no fue estrictamente un filósofo lukácsiano (sin que eso signifique desconsideración de su obra [16]). Tanto a Lukács como a Gramsci, sostiene González Cuevas, “Sacristán les reprochó su escepticismo hacia las ciencias positivas”. No es del todo exacto ni en un caso ni en el otro. Pero no es totalmente erróneo. De acuerdo: Sacristán estaba mejor informado sobre ciencias formales y naturales (e incluso sobre ciencias sociales) que dos de sus maestros filosóficos (quienes, por otra parte, no fueron desconocedores totales de las ciencias positivas y mucho menos del papel de la tecnociencia en las sociedades contemporáneas).

Cuando hace referencia a Sacristán en paralelo a Lukács o a Naphta, prosigue el profesor de la UNED, “el personaje de La montaña mágica de Thomas Mann, en modo alguno me refiero al campo filosófico. Se trata de su actitud social y política, incluso personal”. ¿Qué actitud social y política? La siguiente: tanto Lukács como Sacristán “fueron hombres de una “fe” profunda, una “fe” sin duda secular e inmanente, pero “fe”, al fin y al cabo”. Por eso, sostiene mi interlocutor, “creo que uno de los textos que mejor caracterizan la actitud de cualquier marxista revolucionario, sea filósofo o no, es “La misión moral del Partido Comunista”, uno de los escritos fundamentales del joven Lukács, donde fundamenta su adhesión al marxismo en una “fe”, “que nunca puede ser conmovida ni por la lentitud en su realización, ni por las circunstancias a menudo más que adversas a las que debe enfrentarse...”

Lo último que indica es una conjetura-hipótesis del profesor González Cuevas que, en mi opinión, tiene bastantes contraejemplos y ciertamente, lo admito, algunas contrastaciones

positivas. Si usamos fe en el sentido tradicional, Sacristán no fue, desde luego, un hombre de fe [17]. Si usamos el término en sentido muy distinto, en el sentido de tener esperanza en un cambio social de orientación socialista, lo más conveniente aquí quizá sea recordar unos versos del poeta Guillevic que él hizo suyos en una conferencia de 1979 sobre una política de la ciencia de orientación socialista [18]. Los presentaba así:

Contra lo cual [milenarismo, escatología], por cierto, en la tradición de izquierda siempre hubo gente que sudo decir las cosas bien. Ahora en esta época es muy bueno citar repetidamente a uno de los pocos comunistas menos leídos y mejores, de la primera mitad del siglo [XX], Guillevic, del que no sé qué se puede leer por aquí. Tenemos un gran experto en poesía en la sala [José María Valverde]. Si él quiere puede informar, luego nos lo puede decir. Guillevic tiene unos versos muy bonitos que dicen.

Son estos versos (doy la traducción del propio conferenciante):

No hemos dicho nunca  
que vivir sea fácil  
Ni que sea sencilla amarse  
Pero será todo muy distinto.  
Por lo tanto, esperamos

Por lo tanto, esperamos, tenemos esperanza, confiamos (no ciegamente, estudiemos la posibilidad fáctica de realización) en que la Humanidad (especialmente la más doliente y explotada) pueda generar un mundo más humano, menos desigual y más en armonía con la Naturaleza. No logro ver fideísmo en ello. Sí un esperancismo que se puede compartir o no. Yo, lo admito, tiendo a compartirlo... aunque no todos los días. Por las noches, y nuestros días son a veces noches, todas las vacas son negras como nos advirtiera Hegel en la *Fenomenología*.

No fue el filósofo húngaro el único que sostener semejante tesis, sostiene González Cuevas. Otros intelectuales y políticos comunistas -Antonio Gramsci, Palmiro Togliatti, Michael Löwy- han sostenido idénticas posiciones. Seguramente es así, con algún matiz. Alguien tan informado como Rafael Díaz Salazar señala, por ejemplo, que Löwy “es un ateo marxista de inspiración luxemburguista y troskista”. Hay diversidad, por tanto, en ese conjunto trinitario.

En cuanto a Sacristán [19], en la citada entrevista de 1979, vuelvo a referirme a ella, señala cosas del siguiente tenor:

Si hay que hacer analogías peligrosas, y es muy peligrosa la que lleva a decir que el marxismo es un sistema científico, es la ciencia, *puestos a hacer analogías me parece mucho menos falsa la analogía según la cual el marxismo es una religión obrera* [la cursiva es mía]

Le parecía mucho menos falso decir que el marxismo era una religión que decir que el marxismo era una ciencia “porque una religión tiene numerosos elementos de conocimiento científico”.

Una religión tiene que absorber la visión del mundo físico de su época; si no, no funciona. Entendiendo como religión, religión en sentido clásico, como culminación de una cultura, no lo que pueda llegar a ser religión en el futuro, cuando las culminaciones de la cultura no sean de tipo religioso.

Añadía Sacristán: podía concebir que la futura religión quede reducida a un simple

postulado o dos del tipo: Jesús de Nazaret es Dios o Jesús de Nazaret ha redimido a la humanidad.

No me refería a por tanto a una religión en cualquier momento sino a lo que ha sido clásicamente un a religión, el piso más alto de una cultura. *Entonces, en ese sentido, el marxismo ha sido y es mucho más una religión que una ciencia. Eso es obvio, es obvio para cualquiera que tenga dos ojos y quiera mirar. La aplastante mayoría de los militantes marxistas ha sido fiel a una religión.* No han sido cultivadores fríos de unos teoremas. En absoluto. Es el vicio de los intelectuales, ignorar un hecho tan evidente.

La religión marxista-comunista, por supuesto, tenía sus peculiaridades.

Es una religión muy científica que intenta tener una base de interpretación del mundo en vez de tener una base solo de salvación personal. Ni siquiera la tiene de salvación personal, sino más bien de salvación colectiva.

El marxismo, para Sacristán, lo señalaba a continuación, era un intento de vertebrar racionalmente, con la mayor posible de conocimientos y análisis científico, un movimiento de emancipación, de liberación social.

El último paso del profesor González Cuevas transcurre por el mismo sendero del bosque. Bajo sus posiciones pretendidamente científicas, positivas o empíricas, señala, “late en la obra de Sacristán una profunda fe en la utopía, basada en una especie de hipermoral”. Todo lo cual, prosigue, “concluía, como hubiese dicho Michael Oaskeshott, en una política de fe, cuyo objetivo último sería el logro de la perfección social, frente a una política de escepticismo, basada en el equilibrio de poderes y en la autonomía de la sociedad civil”. No estaba en las coordenadas de Sacristán pensar en una perfección social (aunque, ciertamente, como ocurrió con tantos otros pensadores y activistas, el asunto del “hombre nuevo” no estuvo ausente en sus reflexiones en algunos momentos) pero sí que late en una obra una vindicación de la utopía en el buen sentido de la palabra y de la vindicación. Tiene razón González Cuevas... si bien donde él ve un peligro, yo veo un presupuesto necesario. Una de sus amigos y discípulos, Francisco Fernández Buey, lo explicó muy bien en uno de sus grandes libros: *Utopías e ilusiones naturales* [20]. Por lo demás, quien esté libre de utopismo (más o menos consciente) que tire la primera piedra; no habrá pedrea. Todos, en mayor o menor medida, con una u otra orientación política, alimentamos y somos alimentados por utopías racionales, por aspiraciones a modelos sociales más libres, más humanos, más justos, más igualitarios, más solidarios, más fraternales. Ser utópico nunca significó en el caso de Sacristán ser alocado, quimérico u olvidadizo respecto a las condiciones de posibilidad de las empresas y aspiraciones humanas. El marxismo nunca fue para él una ciencia; fue, esencialmente, una tradición de política y pensamiento socialista amiga de la ciencia crítica y no servil.

La política de fe, en los países comunistas, concluye Gonzalez Cuevas, “condujo al quebrantamiento de los principios éticos más elementales de la vida en sociedad y, además, en muchos casos con la conciencia tranquila”. A partir de ahí, prosigue el profesor de la UNED, es muy fácil, como hace Almudena Grandes, negar que el PCE fuese un movimiento totalitario (lo niega Grandes y lo niegan muchísimos historiadores españoles o no españoles; yo también), “a López Arnal negar el genocidio eclesiástico durante la guerra civil” (que sigo negando porque no hubo tal genocidio, aunque no niegue desmandes irresponsables... en absoluto comparables al “holocausto español” causado por el golpe fascista del 36), “a Losurdo hacer una apología de Stalin; a Zizek exaltar a Lenin,

Robespierre o Saint-Just; Badiou glorificar a Mao Tse Tung; a Fernández Buey, hacer lo mismo con Savonarola o el Che Guevara. Y es que, para el revolucionario, los conservadores no son más que una materia inerte, gente inmoral y obcecada, a la que, llegado el caso, como ha dicho Peter Sloterdijk, se puede masacrar”. Dudo que Sloterdijk haya dicho una barbaridad así, pero, si es el caso, nadie está libre de decir burradas. Sin caer en falsas (y fáciles) descalificaciones ideológicas, para los revolucionarios, Fernández Buey y Sacristán lo fueron, los conservadores están lejos de ser una materia inerte, gente inmoral y obcecada. Entre otras razones, porque, como ellos señalaron en alguna ocasión con punta de ironía, también ellos fueron conservadores, conservadores de todo aquello que sea digno de conservar. ¿Quién no lo es aunque tengamos desacuerdos en lo que conviene conservar? Además, Sacristán y Fernández Buey, como muchos de nosotros, tuvieron amigos conservadores (puedo dar nombres) y está muy lejos de su filosofía de la praxis esa reducción de seres humanos a materia inerte y gente inmoral. No fueron Sacristán y Fernández Buey tan estúpidos y, mucho menos, tan inhumanos. Imposible pensar en esos términos

No otra cosa, concluye el profesor de la UNED, “persigue el concepto marxista de “clase social”. Tal es el problema que suscita la izquierda radical o “looney left”, cuya “fe” apenas ha sido conmovida, a lo que se ve, por el desastre de los sistemas de socialismo real. Todo lo demás es retórica”. El concepto marxista de clase social es complejo (a veces confuso, a veces impreciso) pero no veo que persiga eso que según González Cuevas persigue. Pero, en todo caso, no sé a qué refiere exactamente “todo lo demás” y dudo que pueda afirmarse que ese “todo lo demás”, sea cual sea ese todo, sea retórica.

En todo caso, y sin retórica, esa izquierda radical a la que alude González Cuevas sí que estuvo profundamente afectada en su ideario por lo sucedido en los países del mal llamado socialismo real. Esta carta, por ejemplo, está firmada por Manuel Sacristán y está escrita en 1968 (¡hace más de 50 años!), cuatro días después de la invasión de Praga por las Tropas del Pacto de Varsovia [21]:

Tal vez porque yo, a diferencia de lo que dices de ti [Xavier Folch], no esperaba los acontecimientos, la palabra “indignación” me dice poco. El asunto me parece lo más grave ocurrido en muchos años, tanto por su significación hacia el futuro cuanto por la que tiene respecto de cosas pasadas. Por lo que hace al futuro, me parece síntoma de incapacidad de aprender. Por lo que hace al pasado, me parece confirmación de las peores hipótesis acerca de esa gentuza, confirmación de las hipótesis que siempre me resistí a considerar. La cosa, en suma, me parece final de acto, si no ya final de tragedia. Hasta el jueves.

¿No hay conmoción en esta carta? ¿No hay conciencia de lo que significó aquel atropello que no fue el único desde luego? ¿No hubo a partir de ahí un intento de renovación, revisión y corrección del ideario comunista y de sus prácticas?

Y no fue, por supuesto, la única vez. Más allá allá de los antecedentes que se ponen de manifiesto en esa conversación con Guiu y Munné (citada ya en exceso), en la presentación de los textos traducidos por su amigo Alberto Méndez, el autor de *Los girasoles ciegos*, y por él mismo con el título *La vía checoslovaca al socialismo*, señalaba Sacristán que la experiencia comunista reformadora del PCCh dirigida por Dubcek podía ser vista como la primera autocrítica *profundamente leninista* de la experiencia del ya entonces autodenominado “socialismo real” [22]:



La teoría leninista no implicaba, desde luego, que el proletariado tuviera que delegar en el partido el ejercicio de la dictadura de clase [23]. Pero la práctica de los leninistas -y muy frecuentemente también la sototeoría ideológica destinada a justificarla- realizó esa implicación. Por todo ello este elemento de la regeneración checoslovaca que parece deprimir a observadores lejanos mal informados y entusiasmo, en cambio, a los socialistas de Checoslovaquia, esta veracidad del PCCh que redundaba en consideraciones de alcance teórico, merece ser entendida como la primera autocrítica general y auténtica, no retórica, del leninismo.

Esa autocrítica era, de hecho, profundamente leninista. Por su tema y por su sentido enlazaba con las preocupaciones de Lenin en sus últimos meses de vida [24].

Transitando por sendero muy afín, en su entrevista con *Cuadernos para el Diálogo* sobre la primavera de Praga y la invasión militar de agosto de 1968 publicada un año después de aquel inadmisibles y antidemocrático atropello [25], el lector de Dubcek denunciaba las falsedades de la época, las contradicciones escamoteadas entre los discursos ideológico-políticos y las realidades económico-sociales:

La persistente falsedad material (político-social) -hubo insensato que anunció el comunismo para el día siguiente, cuando aquel día mismo no tenía pan para todos-, y no la presencia de un sector privado muy inferior al polaco, al cubano o al chino, fue una causa destacada de la degradación de la consciencia socialista en Checoslovaquia, cuya población, por cierto, era la única mayoritariamente socialista y filosoviética en Centroeuropea.

Lo mismo había ocurrido en los países que la invadieron, y lo mismo ocurriría, pronosticaba el entonces miembro del comité central del PCE, en los países socialistas más jóvenes si proseguían indefinidamente por la vía idealista del entusiasmo en materia de producción y consumo.

Ante esa experiencia, uno puede asustarse y “huir hacia adelante”, buscar consuelo en la ceguera ideológica o creer que la degradación de la consciencia socialista se arregle a golpe de sermones y de policía, diciendo a la gente que sea espiritualmente comunitaria y repitiéndose que las causas de todo están en las “supervivencias del pasado”, que inauguraban ritualmente los procesos moscovitas del 38. *Pero la causa de todo no es sólo la supervivencia del pasado, sino también (y en el caso checoslovaco principalmente) la falsedad de hoy* [el énfasis es mío].

“Falsedad”, naturalmente, no era en este contexto un concepto estrictamente semántico. Apuntaba en otras direcciones:

Contradicción disimulada o escamoteada -con inevitable ayuda de la policía- entre la sobreestructura político-moral y la base, lo cual hace de esa sobreestructura una mera ideología e impide superar la contradicción salvo por choque, como ocurrió -muy suavemente, por cierto- en el mismísimo país de Schweick.

Hay más. Diez años después, en 1978, en una entrevista con las juventudes comunistas sobre la situación política de Checoslovaquia [26], señalaba el partidario de la Primavera de Praga:

En cuanto a los rasgos característicos de la revolución política checoslovaca de 1968, los dos principales son en mi opinión *la devolución de la libertad política a la gente y la recuperación de la veracidad por el PC*; lo que le permitió una autocrítica auténtica del régimen burocrático, así como plantear sinceramente la situación de la teoría política socialista a la vista de las luces y las sombras de la experiencia empezada en 1917 en Rusia. Por ejemplo, el PCCH no vaciló en reconocer que en el sistema burocrático “los instrumentos de la lucha de clases se dirigen contra los trabajadores” en

ocasiones (Programa de Acción del PCCH). Y, como ejemplo de lo segundo, se puede leer un paso del informe de Dubcek al pleno de abril en el que, después de atribuir al partido el acierto de haber dado “vía libre a este proceso y haberse puesto a la cabeza del mismo”, reconoce que “la dirección del partido no tenía ni podía tener un plan preciso y concreto acerca del modo de proceder”.

La inevitable falta de una perspectiva sólida y plausible obligaba a intentar resolver los problemas experimentalmente, “en el gran laboratorio social de todo un pueblo”. Con riesgos, sin seguridades:

No hará falta subrayar los riesgos de una situación así. *Sin embargo, tampoco se puede pasar por alto lo que se ganaba con ella: el final del optimismo hipócrita propio de la propaganda de todo poder despótico (...)* Existía sin duda el riesgo de ofensiva burguesa, con sus cabezas de puente en el seno de los mismo órganos dirigentes del Estado y del partido. Pero no disimular esa posibilidad, sino resistir a ella y vencerla, era la condición obligada para pasar del autoritarismo burocrático a un régimen de transición socialista [las cursivas son mías].

Había que recordar, en todo caso, que los comunistas checoslovacos habían previsto casi medio año antes de la invasión “cuál iba a ser el pretexto de la acción militar contra ellos, si es que llegaban a emprenderla sus enemigos”.

No creo que pueda haber dudas sobre las dimensiones de la crítica y autocrítica ni sobre la pulsión poliética que subyace a estas consideraciones. Entre otras cosas, el comunismo ecologista de Sacristán, y su atención y praxis en los movimientos sociales alternativos, en el movimiento antinuclear y en el movimiento antimilitarista por ejemplo, surgen de todo este conjunto de reflexiones. No creo que quepa hablar de irreflexión o de ceguera político-analítica. De ningún modo.

Recuerdo para finalizar que el origen de este intercambio se ubicaba en el asunto de Gil de Biedma, en su petición de militancia en el PSUC, en la respuesta negativa de la organización y en la marcada homofobia de Sacristán. Nada de eso ha sido defendido con buenos e informados argumentos. No hay nada que justifique la acusación del profesor González Cuevas.

## Notas

1) PCGC, “Izquierda radical y política de fe”, <https://okdiario.com/opinion/izquierda-radical-politica-fe-4295918>

2) Por la fecha de su respuesta, creo que González Cuevas desconoce -no es ninguna crítica- una parte de mi comentario a su segundo artículo. Esta parte por ejemplo: “Desde la izquierda "chiflada" a la derecha dura, descortés, insultona y un pelín desinformada (y III)”. <http://slopezarnal.com/en-respuesta-a-pedro-carlos-gonzalez-cuevas-desde-la-izquierda-chiflada-a-la-derecha-dura-descortes-insultona-y-un-pelin-desinformada-y-iii/#more-277>

3) No puedo evitar citar (sin ningún ánimo de abrumar a nadie) el hermosísimo texto que Sacristán dedicó a Ortega en el número 23 de *Laye*, abril-junio de 1953, un especial de la revista dedicado al autor de *La rebelión de las masas* (ahora en M. Sacristán, *Papeles de filosofía*, Barcelona, Caria, 1984, pp. 13-14):

Una tradición venerable distingue entre el sabio y el que sabe muchas cosas. El sabio añade al conocimiento de las cosas un saber de sí mismo y de los demás hombres, y de lo que interesa al hombre. El sabedor de cosas cumple con comunicar sus conocimientos. El sabio, en cambio, está obligado a más: si cumple su obligación, señala fines.

Dos modos hay de señalarlos: poniéndolos fuera de la vida de cada hombre, sin tomar muy en cuenta los trabajos de éste por alcanzarlos y dando por bueno su logro casual, o preocupándose, más que por su consecución, porque los hombres se la propongan. Esta última fue la preocupación de Sócrates, que su nieto Aristóteles expresó de este modo: “Seamos como arqueros que tienden a un blanco”.

Tal es la divisa de Ortega.

Cuando el sabio enseña así los fines del hombre más que enseñar cosas lo que enseña es a ser hombre. Enseña a bien protagonizar el drama que es la vida, a vertebrar el cuerpo que es la sociedad, a construir el organismo que es nuestro mundo, a vitalizar todo lo que es vida común, desde el contacto al lenguaje. Todo eso ha enseñado Ortega en su socrática lección explicada a lo largo de cincuenta y tres años. Su obra, además de enseñar cosas, enseña a vivir y todo lo que el vivir conlleva: convivir -ahí están sus escritos político-, hablar -él ha re-creado la lengua castellana-, amar -en Alemania los estudios *Über die Liebe* [Sobre el amor] son regalo de primavera.

En suma, Ortega ha cumplido respecto a los españoles una función tan decisiva como la que cumplió Sócrates respecto a los griegos.

4) En su necrológica sobre J. P. Sartre del 5 de abril de 1980 (*mientras tanto*, n.º 3, marzo-abril de 1980, pp. 3-5) escribía Sacristán (puede verse ahora en *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea*, Madrid, Trotta, 2007, pp. 203-204, edición, presentación y notas de Albert Domingo Curto):

[...] No se puede esperar de esa vida mucha reflexión sobre la muerte ni mucha contemplación de la muerte. De joven, en *El Ser y la Nada*, había rehuido intencionadamente el reconocer la central función gnoseológica de la muerte en su antropología filosófica. De viejo “activista” veló, ciertamente, la muerte de otros (muchos no dejaremos nunca de agradecerle infinitamente su ridícula visita a los muros de la cárcel de Stammheim), pero es poco verosímil que proyectara la suya.

5) Un ejemplo citado por Sacristán en uno de sus escritos sobre la ex estudiante de la Universidad de Münster (donde se conocieron):

El 2 de junio de 1967, al final de una manifestación antiimperialista, la policía berlinesa mata de un disparo a bocajarro a un estudiante que caminaba sólo y sin armas de ninguna clase, Benno Ohnesorg; y el Jueves Santo de 1968 se produce el atentado contra Dutschke, uno de los portavoces más divisibles del movimiento socialista estudiantil.

Para un ejemplo posterior, el del profesor Peter Brückner, véase M. Sacristán, “Sobre el caso Brückner”, *mientras tanto*, núm.3, marzo-abril de 1980, pp. 16-18.

6) Véase M. Sacristán, “Cuando empieza la vista”. *Intervenciones políticas*, Barcelona, Icaria, 1985, pp. 158-177.

7) Se editó por vez primera, diez años después de su fallecimiento, en *mientras tanto* (núm 63, un especial a él dedicado) y en *Acerca de Manuel Sacristán* (Destino, Barcelona, 1996). Puede verse ahora en *De la primavera de Praga al marxismo ecologista. Entrevistas con Manuel Sacristán Luzón*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2004, edición, notas y presentación de Francisco Fernández Buey y Salvador López Arnal, pp. 91-114.

8) Básicamente por dos razones: 1. Había en la entrevista muchos elementos personales, mucha “subjetividad”, y 2. Algunos pasos de la conversación podía desmovilizar a la ciudadanía de izquierdas, muy activa en aquellos años.

9) Parte de los materiales por él elaborados, más allá de su propia praxis, en torno al tema “alternativas” están recogidos, fundamentalmente, en *Pacifismo, ecologismo y política alternativa, Seis conferencias y en Barbarie y resistencias*.

10) Vilassar de Mar, El Viejo Topo, 2019. Incluye textos suyos y de Francisco Fernández Buey.

11) Véase M. Sacristán, *Papeles de filosofía*, Barcelona, Icaria, 1984, pp. 419-421.

12) *De la primavera de Praga al marxismo ecologista. Entrevistas con Manuel Sacristán Luzón*, ed cit. pp. 211-225.

13) Uno de sus posicionamientos más explícitos: “porque España no es propiedad de los reaccionarios. Yo me siento y soy español aunque fuera de una España pequeña que limitara con los Picos de Europa, Andalucía, Galicia y el área catalana. Porque España no es una ficción, es la nación de mis padres y abuelos, de Garcilaso, de Cervantes”).

14) Francisco Fernández Buey, “Su aventura no fue de ínsulas sino de encrucijadas”, *mientras tanto*, núm 30-31, mayo de 1987, pp. 57-80. Ahora también en *Sobre Manuel Sacristán*, Vilassar de Mar, El Viejo Topo, 2016.

15) Muchas de hecho, unas cinco mil páginas en total, según cálculo (acertado en mi opinión) de Albert Domínguez Curto, el editor de *El orden y el tiempo* y de *Lecturas de filosofía moderna y contemporánea*.

16) Basta leer la que fue la penúltima de sus conferencias: “Sobre Lukács”, una sobresaliente lectura del Lukács de las *Conversaciones*. Véase M. Sacristán, *Seis conferencias*, ed cit.

17) Entre otros trabajos suyos “La militancia de cristianos en el partido comunista”, *Materiales* núm 1, 1977, pp. 105-106, y “‘El diálogo’: consideración del nombre, los sujetos y el contexto”, *Intervenciones políticas*, ed cit., pp. 62-77, uno de sus materiales más importantes en torno al diálogo entre marxistas y cristianos. Es de cita obligada su nota a pie de página de la presentación del *Anti-Dühring*: “La tares de Engels en el *Anti-Dühring*”, *Sobre Marx y marxismo*, ed cit., pp. 31-32 (uno de los textos que más ha influido en varias generaciones de activistas, estudiantes y profesore):

Una vulgarización demasiado frecuente del marxismo insiste en usar laxa y anacrónicamente (como en tiempos de la “filosofía de la naturaleza” romántica e idealista) los términos “demostrar”, “probar” y “refutar” para las argumentaciones de plausibilidad propias de la concepción del mundo. Así se repite, por ejemplo, la inepta frase de que la marcha de la ciencia “ha demostrado la inexistencia de Dios”. Esto es literalmente un sinsentido. La ciencia no puede demostrar ni probar nada referente al universo como un todo, sino sólo enunciados referentes a sectores del universo, aislados y abstractos de un modo u otro. La ciencia empírica no puede probar, por ejemplo, que no exista un ser llamado *Abracadabra abracadabrante*, pues, ante cualquier informe científico-positivo que declare no haberse encontrado ese ser, cabe siempre la respuesta de que el Abracadabra en cuestión se encuentra más allá del alcance de los telescopios y de los microscopios, o la afirmación de que el Abracadabra abracadabrante no es perceptible, ni siquiera positivamente pensable, por la razón humana, etc. Lo que la ciencia puede fundamentar es la afirmación de que la suposición de que existe el Abracadabra abracadabrante no tiene función explicativa alguna de los fenómenos conocidos, ni está, por tanto, sugerida por éstos.

Por lo demás, la frase vulgar de la “demostración de la inexistencia de Dios” es una ingenua torpeza que carga el materialismo con la absurda tarea de demostrar o probar inexistencias. Las inexistencias no se prueban; se prueban las existencias. La carga de la prueba compete al que afirma existencia, no al que no la afirma

18) M. Sacristán, *Seis conferencias*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, p. 74.

19) Cito de nuevo la conferencia que le realizaron en 1977 Antoni Munné y Jordi Guiu: op cit., pp. 107-109.

20) Francisco Fernández Buey, *Utopías e ilusiones naturales*, Vilassar de Mar, El Viejo Topo, 2007. La hermosa edición es obra de su esposa y compañera, Neus Porta.

21) Una coincidencia políticamente significativa. Ese mismo, 24 de agosto de 1968, Lukács escribió a György Aczél, el que fuera vicepresidente del gobierno húngaro desde 1974 a 1982 y miembro del buró político del Partido Obrero Socialista Húngaro, expresándose en los siguientes términos.

Estimado camarada Aczél:

Considero mi deber comunista informarle que no puedo estar de acuerdo con la solución de la cuestión checa y dentro de esta con la posición del MXZMP [Comité Central del Partido húngaro]. Como consecuencia de esto debo retirarme de mi participación en la vida pública húngara de los últimos tiempos.

Espero que el desarrollo húngaro no conduzca a una situación tal que el estatuto de la organización marxista húngara nuevamente me obligue a la reclusión intelectual de las últimas décadas.

Ruego informar sobre el contenido de esta carta al camarada Kádár.

Con saludos comunistas, György Lukács

22) Publicados en Ediciones Ariel en 1968. Su presentación está recogida ahora en el tercer volumen de PyM: *Intervenciones políticas*, ed cit., pp. 78-97. Véanse también S. López Arnal, *La destrucción de una esperanza. Manuel Sacristán y la Primavera de Praga*, Madrid, Akal, 2010 (prólogo de Santiago Alba Rico) y Luis Zaragoza, *Las flores y los tanques. Un regreso a la Primavera de Praga*, Madrid, Cátedra, 2018.

23) Sobre el concepto de dictadura de clase, véase Carlos Abel Suárez, “125 aniversario de la muerte de Marx. Entrevista a Antoni Domènech”. <http://www.sinpermiso.info/textos/125-aniversario-de-la-muerte-de-marx-entrevista>

24) Véase Moshe Lewin, *El último combate de Lenin*, Barcelona, Editorial Lumen, 1970.

25) Recogida igualmente en el tercer libro de sus “Panfletos y Materiales”, ob. cit., pp. 239-260.

26) M. Sacristán, *Intervenciones políticas*, ed cit., pp. 275-280.